
El Hombre Natural y el Hombre Artificial

Santiago Ramón y Cajal

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6331

Título: El Hombre Natural y el Hombre Artificial

Autor: Santiago Ramón y Cajal

Etiquetas: Novela corta

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 5 de enero de 2021

Fecha de modificación: 5 de enero de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

El siguiente coloquio, interesante por más de un concepto, ocurrió en París; durante la estación de las flores, desarrollándose en la animada escena del bulevar Montmartre, sobre la ancha acera de un café al aire libre.

Junto a un velador, y bajo la protectora y policroma marquesina, hallábase cierto caballero como de treinta y cuatro años, alto, moreno; de frente despejada y ojos vivos e inteligentes. Entre sorbo y sorbo de café leía distraídamente la Prensa del día, dirigiendo de cuando en cuando furtivas miradas a la porción libre del *trottoir*, por donde desfilaban, en procesión pintoresca e interminable, hombres trafagosos, perezosos *flâneurs* y airosas, pulcras y bien trajeadas muchachas. Satisfaciendo la natural curiosidad del lector, diremos, desde luego, que el personaje en cuestión era don Jaime Miralta, español naturalizado francés; célebre ingeniero y director de importante y acreditada fábrica de aparatos eléctricos.

Al alzar sus ojos del periódico atrajo de pronto su atención la presencia, en otro velador vecino, de un forastero severamente vestido, de aire grave y solemne y enlutado a usanza española.

«Este sujeto no me es desconocido», pensó Jaime, quien, después de repasar sus recuerdos, acabó por reconocer en el recién llegado a su antiguo condiscípulo y contrincante del Ateneo don Esperaindeo Carcabuey, barón del Vellochino, el cual, mirando a su vez al compañero, levantóse bruscamente del asiento y corrió a saludarle efusivamente, exclamando:

—¿Cómo?... ¿Tú por aquí? ¡Qué grata sorpresa!... Cuéntame...

¿Qué es de tu vida? ¡Seis años sin noticias tuyas! Sabía que, a consecuencia de las persecuciones de que fuiste objeto, te habías expatriado...; pero te creía en América...

—Pues ya ves, querido Esperaindeo: vivo en París, y vivo tan ricamente, convertido en flamante industrial, explotador de varias patentes de invención relativas a máquinas eléctricas y con algunos millones de francos ganados en buena lid. Pero ¿qué diablos te trae por París y solo? Te suponía en Madrid, hecho todo un prócer, diputado o senador tradicionalista, gala y ornato de los salones aristocráticos y de las corporaciones piadosas, y partidario acérrimo del principio de autoridad hermanado con el orden y la religión...

—¡Mira: no me vengas con ironías, que no está la Magdalena para tafetanes!... ¡Ah, si supieras...! Soy muy desgraciado, horriblemente desgraciado...

—¡Cómo! ¿No eres feliz? Un joven como tú, hijo único, dueño de regular fortuna, dechado de cristianas virtudes y espejo de mansedumbre y humildad, casado quizá con santa y devotísima hija de la Iglesia...

—¡No aludas, por Dios, a mi mansedumbre!... Ello me ha perdido... Mira: me alegro en el alma haber topado contigo. Me coges en plena crisis psicológica. En mi conciencia comienzan a deshacerse muchas cosas que creía axiomáticas e inmovibles... Y tú vas a ayudarme..., sí..., porque solo un hombre como tú, modelado por el propio esfuerzo y dotado de poderosa individualidad y de invencible energía, puede asistirme.

—¡Chico, me tienes en brasas!... ¿Qué te ocurre? Cuéntame... y confía en mí. Bien sabes que, no obstante nuestras diferencias de temperamento mental y de gustos intelectuales, te he considerado siempre como un buen amigo..., más aún: como un corazón de oro, cuyos hidalgos impulsos no pudieron aniquilar los errores de la educación ni el veneno de la intransigencia religiosa. No olvido nunca la

generosidad y celo con que trabajaste para lograr mi absolución en aquel malhadado proceso por delito de imprenta... Pero siéntate... y cuéntamelo todo. Esta tarde no tengo qué hacer..., y aunque lo tuviera... ¡Es tan grato oír hablar de la patria y de los amigos después de tantos años de ausencia!

—Agradezco cordialmente tus bondades. No esperaba menos de ti, pues aunque tus radicalismos políticos y desaprensiones dogmáticas te hicieron antipático a mi familia, yo siempre te estimé y admiré..., acaso porque hallaba en tu compleción moral mucho de lo que echaba de menos en la mía: entendimiento esclarecido y sincero y voluntad honrada, consagrada al culto de la verdad y del bien... Quiero, amigo Jaime, referírtelo todo..., confiarte flaquezas y recuerdos que jamás salieron de mi corazón. Mi vida es una historia clínica, que debes oír y meditar como psicólogo y como médico para ver si das con algún remedio salvador. Soy una pobre víctima de la mala educación, a quien el infortunio ha abierto los ojos..., unos ojos que jamás contemplaron la realidad de las cosas. Meditando ahora acerca de mis ideas y sentimientos, me he persuadido de que no soy una persona con propia espontaneidad, venida al mundo para añadir algo al acervo común de la cultura y del bienestar sociales, sino una marioneta, de cuyos hilos tiraron los vivos y los muertos: un ejemplar repetido y fácilmente sustituible de esa grande edición del libro humano escrito por la tradición e impreso y divulgado por la rutina. Yo no soy, pues, un yo; soy de los demás, es decir, el no yo de los filósofos. Represento humilde manufactura, donde colaboraron todas las manos, excepto las mías; cera blanda, en la cual la sugestión, la autoridad y la enseñanza impresionaron cuanto quisieron, sin que la menguada elasticidad de la primera materia fuera poderosa a borrar algunas huellas deformativas ni a generar un pliegue original y espontáneo. Bien sabe Dios que si mi vida ha resultado un fracaso, no es mía la culpa. Otros cargaron el cañón; yo, mera e inerte bala, me limité a seguir la calculada trayectoria. Más los sedicentes hábiles artilleros

apuntaron mal, y en vez de dar con mi cuerpo en el soñado paraíso estrelláronme contra la roca. ¡Y, entre tanto, los flamantes educadores, tan campantes y satisfechos! Pero no divaguemos, y al grano. No te sonrías si en la narración siguiente encuentras algún detalle harto realista.

Y Esperaindeo, después de mirar unos instantes al cielo, como para iluminar los borrosos recuerdos de la infancia, continuó:

—Pues, señor..., la fatalidad influyó hasta en el acto de mi concepción. Mi madre, estéril hasta los cincuenta años, se empeñó en tener un hijo. Y, en vista de que los santos no se lo otorgaban, consultó a un famoso doctor, especialista en afecciones sexuales, el cual, con el beneplácito del autor de mis días, propuso el empleo de la fecundación artificial. Soy hijo, pues, de mi madre y de una jeringuilla. A fin de evitar el malogro del casi milagroso engendro, tragó mi madre infinitas píocimas y asistió fervorosa a no sé cuántas misas, sermones, rosarios, gozos y triduos; mas, a pesar de tanta asistencia celestial, para que yo viniera al mundo hubo que recurrir a la violencia del fórceps y al cornezuelo de centeno. ¡Pluguiera al cielo que en mi cabeza no hubieran impreso sus huellas otras tenazas harto más duras y deformadoras que las del citado instrumento tocológico! En mis primeros meses envolviéronme en pesadas y ceñidas ropas de abrigo, que embarazaban mis movimientos; criáronme con biberón y harina lacteada, y mi madre, esclava del cuidado de su hijo, no permitió, de miedo al frío y a los microbios, que respirase el aire de la calle lo menos en tres años, excepto el día de mi bautismo, en que atrapé soberbio tabardillo, y el de la confirmación, en que agarré la difteria. En cuanto rompí a hablar y a andarme solo, los que me rodeaban, en vez de despertar el dormido entendimiento con algunas noticias claras y elementales de las realidades de aquí abajo, poblaron mi fantasía de conceptos abstractos y de imágenes de seres invisibles habitantes de lo alto. Entre oración y oración fatigaban mi memoria, contándome consejas

absurdas, episodios demoníacos, vidas de santos milagrosos...; narraciones esencialmente contrarias a los principios de la causalidad natural y las más a propósito para creer que todas las leyes del mundo son derogables a capricho de celestes influencias. Cumplidos los diez años, era yo un niño pálido, encanijado y enteco, comparable a la planta criada en sótano. A pretexto de evitar enfermedades y malas compañías, no se me consintió jamás jugar ni correr con los chicos de mi edad. En esta virginidad de entendimiento y de conciencia, con la memoria atiborrada de fantasmas y de conceptos místicos que escapaban a mi penetración, sin poseer una sola imagen precisa del mundo, que se me aparecía como un vago y misterioso ensueño lleno de pavorosas pesadillas, permanecí hasta los once años, en que se me juzgó en sazón para cursar la segunda enseñanza en un colegio de jesuitas. Allí aprendí latín y griego, lenguas de los muertos, y menosprecié el francés y el alemán, idiomas de los vivos y vehículos de la moderna cultura. En aquellas aulas, impregnadas de misticismo y de olor a rapé, adquirí un desdén aristocrático hacia las ciencias profanas, es decir, las matemáticas, físicas, naturales y biológicas, venero de riqueza y bienestar de los pueblos, y una pasión exclusiva y fanática por la retórica, las humanidades y singularmente por la teología, que Donoso Cortés proclamaba la «primera y más noble de las ciencias, la universal por excelencia, la que contiene y abarca todas las disciplinas divinas y humanas». A la verdad, yo no penetré bien todos los ingeniosos argumentos de mis profesores, que se apoyaban principalmente en la filosofía de Santo Tomás; pero los disputé excelentes e irrefragables, pues no era cosa de sospechar que varones tan doctos y de acrisolada virtud pudieran engañarse y engañarme. Además, en mi naturaleza de hombre artificial y de pastaflora, docilísimo a toda suerte de sugerencias, no iba a mostrarme exigente. Mi cabeza vino a ser una especie de garrafa que admitía inconsciente cuanto le llegaba por el embudo de la atención. Ajeno al concepto de la ley natural, y mirando el mundo cual perpetuo milagro, tragábame sin el menor empacho cuantos sucesos

sobrenaturales me contaban. La amarga experiencia me ha enseñado que se desdeña o aborrece cuanto se ignora o no se ejercita lo bastante. Y yo, que no ejercitaba la razón, acabé por execrarla, y más cuando llegaron a mi noticia las infinitas impiedades y desatinos cometidos por los hombres atacados de la insana manía de pensar. «Después de todo, ¿para qué discurrir?», me decía... ¡Es tan cómodo creer..., y, además, tan breve, tan económico de fósforo cerebral! Tenía yo buena memoria, y me la desarrollaron aún más con el continuado ejercicio. Preciso es convenir en que mis preceptores eran rigurosamente lógicos. Dado su concepto trascendental de la vida (preparación para la muerte), desarrollar en los catecúmenos el espíritu de independencia y el sentido crítico, ¿no es abrir puertas a la herejía y comprometer la eterna salvación? Al contrario, atrofiar la personalidad filosófica por la sugestión constante de la flaqueza e improcedencia del criterio individual, en tanto que fuente de verdad metafísica, y llenar por compensación la retentiva con doctrinas piadosas, con normas y preceptos de moral cristiana, ¿no equivale a preservar a los hombres de los asaltos de la duda y de los extravíos de la voluntad? ¿No es garantizarles inalterable calma en esta vida y perdurable beatitud en la otra? Cuanto más que, habiéndose esclarecido perfectamente, merced al resplandor de la revelación y de la filosofía cristiana, todo lo esencial del mecanismo del Cosmos y naturaleza y finalidad del hombre, sumirse en el análisis y contemplación de las cosas terrenas y perecederas se me antoja pura frivolidad y deseos de chamuscarse en el infierno. Y yo, como es natural, no quería chamuscarme. ¡Para algo tenía padre y madre cristianos, directores espirituales doctos y celosos y ocho mil duros de renta! Sin esfuerzo, adivinarás, por lo expuesto, cuán notables y rápidos progresos haría en las clases de Retórica, Historia, Religión y Psicología escolástica, y los escasísimos, por no decir nulos, logrados en las de Física y Química e Historia Natural; ciencias estas profesadas por dos reverendos jesuitas, listos e ingeniosos exegetas, capaces de probar que la circulación de la sangre, los microbios y los rayos X

estaban ya puntualmente previstos, aunque en forma esotérica y para genios solos, en las relaciones del Génesis o en las fulguraciones del Apocalipsis de San Juan. En mi afán de lucir la memoria y de pertrechar de armas mi futura elocuencia me engolfaba, durante las vacaciones, en la lectura de patrólogos, místicos y apologistas cristianos, embaulándome todos los florilegios o tópicos, imágenes y comparaciones relativos al heroísmo de los mártires, los milagros de la fe, la perennidad y misión civilizadora de la Iglesia, la profundidad y sublime clarividencia de la filosofía escolástica; frases y conceptos que espetaba de carrerilla, y chorro continuo, declamándolos con tono enfático y altisonante. Conociendo mis maestros esta flaqueza mía y pueril afán por las aparatosas e hinchadas peroratas, escogíanme para que llevase la voz de mis condiscípulos en las solemnes fiestas académico-religiosas celebradas en honor de San Ignacio, a las que asistía la flor y nata de la aristocrática clientela del colegio. Aún me acuerdo del frenético entusiasmo producido en cierta velada consagrada al Sagrado Corazón de Jesús, durante la cual largué al concurso, en menos de media hora, toda la indigesta cargazón de flores de trapo abarrotadas en mi memoria. ¡Aquello fue el delirio! Al final de mi discurso, señora hubo de las más empingorotadas y linajudas que, transportada de místico fervor, se me comía a besos, llamándome «columna de la Iglesia, vaso de elección y esperanza de la buena causa». La verdad es que, en punto a recitar, era yo un gerifalte. Tocante a inventiva, ¡Dios la dé!

Cumplidos los diecisiete años y aprobado el preparatorio, comencé en la Universidad mis estudios de abogado. El Derecho me distanció aún más de la Naturaleza. A mi creencia en un mundo milagroso se añadió entonces el fetichismo de la ley escrita. Cada precepto legal aparecíase como algo real e inmanente, algo que estaba por encima de las convenciones humanas y de los intereses materiales de las muchedumbres. A través de las hojas de papel de códigos y partidas, elaboradas por doctinarios

encumbrados en torre de marfil de orgulloso subjetivismo, la imagen del hombre real, con sus impulsos, intereses y pasiones, se esfumaba hasta desvanecerse casi del todo. Naturalmente, supuestos mis sentimientos tradicionalistas, la ley humana me parecía simple comentario práctico de la divina, y consideraba a legisladores y jueces cual meros delegados de la Iglesia, en cuyo nombre, y no en el del pueblo, ni del rey, debieran formular las leyes y administrar justicia.

Una vez concluida mi carrera, todo parecía sonreírme. Vocación y ansia de gloria lanzáronme a las lides de la palabra. Y en un principio, mientras me concreté a hacer conferencias en los Luises y demás círculos ultramontanos, hallé mi camino sembrado de flores. Por desgracia, mis maestros del colegio y de la Universidad creyeron descubrir en mí un brioso mantenedor de la fe y un orador fogoso y sugestivo, y excitáronme, con la mejor intención, a mantener, enfrente del racionalismo militante en academias y ateneos, los principios del Syllabus y de la filosofía escolástica. Como de ordinario, para tan ardua labor mi memoria debía hacer el gasto. Mosaico de retazos hábilmente encolados para disimular las ensambladuras, eran mis oraciones, en las cuales se entretejían períodos enteros de Bonald, de Maistre, Raulica y Donoso Cortés, con frases de Balmes, Ortí y Lara, Brunnetière, Pidal, Mir, Fajarnes y Polo Peyrolón. Aprendíme de coro cuantos argumentos esgrimen los citados tratadistas contra el desolador positivismo, sin olvidar las razones y alegatos probatorios de la realidad de la revelación bíblica, del origen divino de la vida y del hombre, del carácter sobrenatural del lenguaje y de la misión redentora de la Iglesia. Para acomodarme a mis modelos y al gusto dominante entre nuestros polemistas católicos, fingí animadversión y desdén indecibles contra Buchner, Draper, Moleschott, Vogt, Darwin, Haeckel, etcétera, amén de Bain, Herbert Spencer y Wundt, que me parecían materialistas y ateos disfrazados. Y para reprobarlos según se merecían y pedía mi condición de orador grandilocuente, hice diligente

acopio de los más suaves adjetivos, tales como protervos, soeces, viles, groseros, hediondos, nauseabundos, repugnantes, concupiscentes, bajos, sensuales, execrables, abominables...

No tuve que rebuscar mucho para reunir tan piadosas y humildes palabras; las hallé en las suaves y beatíficas homilías de nuestros obispos y en las oraciones polémicas de nuestros tomistas. Y, cosa extraña, cuantos esfuerzos hice para rebañar algún calificativo de este jaez en las obras de los neotomistas extranjeros (escuela de Lovaina, por ejemplo), resultaron infructuosos. Por donde vine a colegir que en materias de fe y de intolerancia nuestros polemistas cristianos están harto más adelantados que en achaques de cortesía y comedimiento. Debo declarar que, por entonces, bajo el énfasis y la indignación retórica del catecúmeno, tan celebrados por la galería, latía un fondo de sincera animadversión. No me era posible concebir un materialista o librepensador sino como un ser bajo, artero, sensual, capaz de toda suerte de crímenes y perenne candidato a cárceles y presidios. Habíanme enseñado que en herejes y descreídos las virtudes son vicios, es decir, rasgos de orgullo y de hipocresía o efectos lejanos de la antigua levadura cristiana, y lo creí de buena fe. No tardó, sin embargo, la experiencia en demostrarme que la conducta individual depende, antes que del credo religioso, del carácter, grado de cultura y especialidad pasional de los hombres. En suma, y para definir en pocas palabras la fisonomía moral del ingenuo paladín de la fe en el Ateneo, me bastará consignar que era católico por sugestión y costumbre, ultramontano por imposición, procaz e intemperante por imitación y orador retórico y florido por recetas. Pues, como te decía, no todo el monte fue orégano. Los primeros disgustos y desengaños me los trajeron mis discusiones del Ateneo, y tú, no obstante la moderación y exquisita cortesía con que me trataste, me pusiste, con tu fría, acerada y robusta crítica, en gravísimos aprietos.

—¡Bah! Allí era tan doctrino como tú. Ya te contaré...

—Toda esta parte de mi vida la conoces perfectamente. Recordarás que fue puesto a discusión, por la Sección de Ciencias Morales y Políticas, una Memoria intitulada *Inanidad del positivismo y evolucionismo*, de que me constituía en voluntario y arrogante mantenedor. ¡Nunca lo hubiera hecho! Aquello fue un desbordamiento de rencores, de sañas de escuela, de inauditas violencias de lenguaje. Nube amenazadora de individualistas, racionalistas, materialistas, positivistas, kantianos, anarquistas, socialistas y hasta oportunistas y conservadores-liberales pidieron la palabra, no sin apostrofarme y vociferar como energúmenos, y concedida que les fue, enfocaron por turno, y en sucesivas sesiones, los puntos flacos de mi discurso: las inocencias paradisíacas, las omisiones intencionadas, las deficiencias científicas y filosóficas, hasta las petulancias y osadías de forma..., dando en tierra con la artificiosa y flamante fábrica retórica y prodigando de paso al mantenedor las más desdeñables ironías y las más despectivas reticencias. Aquellas acritudes de lenguaje eran, por desgracia, motivadas; respondían, según suele acontecer siempre (traspasando un poco la medida del ataque), a una serie de imprudentes retos y de punzantes invectivas, enderezados por mí a libre pensadores y masones en general y a los materialistas en particular. Falto de serenidad y ardiendo en santa indignación, replicaba yo a voces, apelando, a todas las bellas frases y lugares comunes conservados en mi memoria; pero, desgraciadamente, el almacén se me agotaba, viéndome obligado a usar argumentos recalentados, mientras que el de mis adversarios parecía siempre repleto y renovado.

Y, según suele acontecer, a falta de buenas razones y de sólida ciencia, pretendí salir del paso apelando a los arranques del sentimiento y a las profecías jeremiacas y terroríficas. Y un día, con ademán heroico y gesto trágico, erguíme en el sitio y ensarté de carretilla todas las frases hechas de que me acordaba, declarando que las doctrinas

positivistas y evolucionistas escarnecen y degradan al hombre, rebajándole a la condición del bruto; apagan la noble sed del ideal, norte de la existencia; aniquilan la esperanza de los pobres y desdichados; entronizan la maldad hábil, la más odiosa de las maldades; destruyen las bases de la moral, que radican, no en el bajo terreno de la utilidad, sino en la obediencia a los divinos preceptos del Decálogo, y, finalmente, conducirían, de erigirse en normas de la vida práctica, al desbordamiento general de las pasiones antisociales, a la total anarquía de las voluntades, al estado de abyecto salvajismo, del cual, siglos hace, nos redimiera la creencia en la divinidad y la vivificante luz del Evangelio...

Mis flores de trapo, increpaciones y arrogancias, fueron calurosamente aplaudidas por los clericales y tradicionalistas; pero, ¡ay!, estos aplausos no me convencieron... A pesar de mi facundia y del entusiasmo de los correligionarios de la buena causa, un hecho quedó plenamente patentizado: que la mayoría de las objeciones asestadas por anarquistas, materialistas y darvinistas contra la autoridad de la Biblia, divinidad de Jesús, infalibilidad del Papa y de la Iglesia, superioridad de la moral cristiana sobre la de las demás confesiones religiosas, armonías de la ciencia y revelación, proclamación de la caridad como única solución del problema social, etcétera, quedaron en pie o muy débil y flojamente reputadas. Mi ingenuidad natural, superior a las alegaciones del amor propio, no me consentía hacerme ilusiones. Privado de espontaneidad crítica y preparado con una labor de pura erudición filosófica y apologética, mi intervención en aquellas discusiones resultó un fiasco completo. Conmigo hubieron de reconocerlo también, pasado el hervor de la lucha, algunos amigos leales, a quienes la fe robusta y sincera no anublaba la serenidad del juicio. Notorio era que los paladines del dogma sabíamos menos de ciencia que los librepensadores de religión. ¡Y qué variedad de estrategias para el ataque y cuánta riqueza de argumentos! Jamás creí que la labor demoledora de la moderna filosofía alcanzara tanta extensión y profundidad. Para cada objeción prevista por

nuestros caros textos de controversia salían a relucir mil reparos originales tomados del campo, siempre renovado, de la geología, la física, la sociología y hasta de la psicología y metafísica contemporáneas. Así, por ejemplo, negábamos la posibilidad de que la vida, entregada a sí misma, hubiera conseguido formar, por evolución, el sublime instrumento del lenguaje, y nos atajaban alegando la existencia de idiomas fonéticos rudimentarios en el mono, perro y muchos animales, mostrándonos las transiciones de expresión entre el civilizado y el salvaje y citándonos tribus humanas, tan desgraciadas y rudas, que su léxico consta de unas cuantas voces, carecen de palabras abstractas y no cuentan más que hasta cinco o seis.

Declarábamos arrogantemente la universalidad de la creencia en Dios y en la inmortalidad del espíritu, y sacaban a relucir infinidad de nombres raros de pueblos primitivos, africanos o americanos, entregados exclusivamente a la vida vegetativa, sin sombra de religión o embrutecidos por el más abyecto fetichismo. Entonábamos fervientes himnos a la infinita sabiduría del Creador y a las inefables armonías y bellezas de la Naturaleza, y salían a nuestro encuentro describiendo no sé cuántos animales simplificados por parasitismo o adaptación: ojos que no ven, músculos que no funcionan, monstruosidades increíbles, atavismos estrafalarios, y, en fin, las tenías, hidátides y microbios, cuyo triste ministerio consiste en inmolar al Rey de la creación después de infligirle cruelísimas torturas. Formulábamos un solemne mentís contra el evolucionismo, exigiendo a darvinistas y haeckelianos nos mostrasen las transiciones morfológicas entre las actuales especies, el tránsito, por ejemplo, entre el reptil y el ave o entre el orangután y el hombre, y nos respondían echándonos en cara nuestra ignorancia y describiendo con todos sus pelos y señales un extraño bicharraco fósil, el *Archaeopteryx macrorus*, especie de lagarto con plumas en posesión de caracteres mixtos de pájaro y reptil, y el hombre-mono de Java, con un cráneo intermedio entre el orangután y el malayo. Defendíamos la

unidad de la conciencia y la doctrina del libre albedrío, y nos mareaban refiriéndonos muchedumbre de casos de histéricas con doble y triple personalidad y trayendo a colación una legión de fisiólogos y filósofos cuyas experiencias demostraban el poder soberano de la sugestión hipnótica y la posibilidad de abolir completamente el ejercicio de la voluntad. Proponíamos, en fin, cual redentora y universal medicina para los males y desigualdades sociales, la caridad de los ricos y la resignación de los pobres, y nos replicaban que remedios fracasados durante mil ochocientos años de empleo no son remedios, sino sarcasmos, y que la verdadera panacea no consiste en la piedad, sino en la justicia...

—En efecto: me acuerdo bien de los apuros que pasabais para defenderos de adversarios a quienes no detenía ningún respeto. Pero séame lícito decirte que vuestra derrota no dependió tanto de la debilidad de la posición dogmática cuanto de la errada táctica adoptada. ¿A quién se le ocurre combatir a darvinistas y positivistas con argumentos de Santo Tomás? Desde el momento en que en una controversia se descartan los textos revelados y se recusa a la tradición, en tanto que fuente de certeza para esclarecer los problemas científicos, hay que abandonar el terreno de la escolástica y descender a la arena de la investigación biológica. Las tesis científicas solo se combaten con hechos o inducciones científicas. Vosotros hubierais, si no triunfado, adoptado más airosa actitud, pertrechándoos en el inagotable arsenal de los hechos paleontológicos, zoológicos, embriológicos y fisiológicos, donde hay armas para todos los gustos y argumentos a la medida de las más contradictorias teorías...

—Pero yo no podía; desgraciadamente, descender a ese terreno, que desconocía por completo; Para saber escudriñar la Naturaleza y sentir sus revelaciones hay que amarla, y mi temperamento mental, deteriorado por la educación, me inclinaba precisamente a lo contrario. Harto hacía yo, durante aquellas inolvidables contiendas, con saber de coro mis

clásicos y recitar sereno la prosa elocuente del padre Mir o del obispo Cámara. Además hablando con franqueza, creo que es arduo empeño, aun para cabezas sólidas, originales y bien organizadas, rebatir el evolucionismo, doctrina inspiradora a la hora actual del pensamiento de casi todos los sabios y que ha renovado y transformado desde la geología hasta la sociología...

—Razón tienes de sobra, y aun me adelanto a pensar que la empresa resultará de cada día más difícil. Cultivada la ciencia por miles de espíritus elevados e independientes, acrecienta incesantemente el caudal de sus datos positivos, y con ellos sus recursos de combate, mientras que la fe atendida a vetustas inflexibles fórmulas, permanece estacionaria, esgrimiendo todavía la mellada tizona de la lógica aristotélica y escolástica, especie de espada de Bernardo, que los modernos científicos y pensadores miran con olímpico desdén, ya que no con mal disimulado regocijo... Pero prosigue tu relato y perdona mis interrupciones.

—Pues, como decía, poco satisfecho de mi apostolado tomista, empresa harto superior a mis exiguas fuerzas, y falto de iniciativas para descubrir nuevos horizontes polémicos, lancéme al estado de la política, afiliándome, naturalmente en las huestes ultramontanas. No fui en ellas mal recibido. Mi aureola de caballero andante del ideal y mi cristianismo de acuñación antigua, sin tachas ni herrumbres liberales, abrieronme las puertas de los cenáculos clericales y la mansión de cierto elocuente y linajudo prohombre, en cuya tertulia se concertaban benevolencias, se otorgaban distritos y preconizaban obispos. Este personaje, que no tiene pelo de tonto, debió de calar en seguida mi nativo candor y condición sumisa y corderil, y pensando, sin duda, hacerme instrumento suyo, me trajo de diputado cunero por un distrito rural. Aquella generosa protección me convirtió en maniquí del consabido cacique. Estaba de Dios que no había de salir nunca de textos y tutelajes. Antes calcaba mis discursos en los pasajes del fray Ceferino y del padre

Cámara; ahora veíame obligado a tomar el santo y seña de boca del jefe, el cual se dignaba planear las minutas de mis discursos, llevando su bondad al extremo de componer expresamente para mí períodos rotundos y grandilocuentes, frases intencionadas y maquiavélicas y hasta hábiles alusiones personales. Según recordarás, mis campañas del Congreso constituyeron una nueva equivocación. Expositor solemne de frases pomposas y contextura rígida, desconocedor de los hombres y de sus menudas insidias y pasiones, era yo incapaz de plegarme a los culebros y marrullerías de la táctica parlamentaria. Perdida la fe en los grandes ideales, las luchas del Parlamento no se encaminan hoy a los fines de la utilidad social y engrandecimiento de la patria, sino a los egoístas del medro de un partido y de la prosperidad personal. Para el orador de oposición, escollo y rémora de los gobiernos parlamentarios, el objetivo inmediato consiste en desacreditar a los ministros, cualesquiera que ellos sean, y con tal de lograr sobre el leader ministerial alguna ventaja y la consiguiente turbación en la mayoría, importábale a aquél un ardite que el torneo degenerara en riña y que el noble florete sea sustituido por la trapera navaja. Tal ocurrió con ocasión del primer discurso doctrinal, que, en apoyo del programa del Gobierno y del grupo parlamentario, acaudillado por mi jefe, pronuncié en el Congreso. Los oradores demócratas, recordando sin duda mis intransigencias del Ateneo y mi significación acentuadamente clerical, convirtieronme en blanco de sus sañudos ataques, y al objeto de aturdirme y hacerme perder los estribos recurrieron a la mordaz invectiva, al apostrofe insultante, a la interrupción sistemática y obstruccionista. ¡En vano agitaba el presidente la campanilla para mantener a raya a los alborotadores y sacar a flote mi coreado y entrecortado discurso!... Yo perdía la paciencia y lo eché todo a rodar. Arrebolado por la emoción, turbado y balbuciente por la ira, descompuesto, en fin, me senté en los escaños, sin acertar siquiera a fulminar contra mis crueles interruptores alguna frase envenenada ni adoptar el bello gesto del gladiador caído. Desde entonces perdí mis entusiasmos por la política,

tercié rara vez y siempre con miedo, en las discusiones, y acabé por anularme por completo.

—Tamaña desazón la sufriste no por falta de aptitudes oratorias, sino a causa de haber navegado siempre por las aguas tranquilas de la exposición dogmática, jamás turbadas por el tumultuoso oleaje de las pasiones humanas y el choque de la oposición. Desconocías al hombre con sus intrigas, arterías y bajos apetitos, y de improviso y sin preparación moral alguna, te encontraste de frente con el político profesional, una de las más funestas producciones de la civilización europea. Tu situación en aquel ambiente borrascoso del Parlamento era comparable a la del cazador que, sin haberse aventurado nunca en la selva ni haber visto más fieras que las pintadas en las estampas de los libros infantiles, se lanza de pronto a luchar con un tigre feroz sin otras armas que un grácil bastón. Convendrás conmigo fácilmente en que el método esencialmente profiláctico seguido en tu educación, método basado en la abstención sistemática del conocimiento de las acritudes y perfidias del mundo, no era el más a propósito para hacer de ti un orador político. Salvadas rarísimas excepciones, quienes generalmente prevalecen en las lides parlamentarias son los que, desde la adolescencia, se adiestraron para la lucha verbal, buscando adrede la hostilidad y la oposición de las gentes, con la mira, no de persuadirlas, sino de adquirir soltura, agilidad de ingenio y de dicción, apagando al mismo tiempo esa nativa y funesta emotividad que restringe el campo del pensamiento, inutiliza y desordena las mejores prevenciones de la memoria y del estudio, y nos reduce, en los más graves y rigurosos trances, a la condición de un animal puramente reflejo; a una especie de rana decapitada. Solo contradiciendo y soportando contradicciones en la edad juvenil llegan a adquirir los grandes polemistas esa flexibilidad de expresión y de entendimiento que les permite adaptarse rapidísimamente a los mil incidentes y fases de un debate, improvisando brillante rectificación con ocasión de una frase escapada al impaciente adversario y

desconcertando, en fin, al interruptor con hábiles y fulminantes respuestas. A la manera del buen piloto, el tribuno de casta debe conservar su serenidad ante las olas embravecidas, y, semejante al cazador de perdiz, ha de saber tirar instantáneamente al vuelo sin pararse a apuntar la pieza. En suma: todo es cuestión de práctica y de adaptación. Y tú, por lo visto, mal hallado en aquel hervidero de concupiscencia y perfidias, no quisiste adaptarte y perseverar...

—No, Jaime... Creo firmemente que jamás habría prosperado en la política. Hay algo innato en la arrogancia y desahogo del tribuno. Menester es ser superior para sentirse superior. El arte y la educación son parte, sin duda, a encauzar y domesticar esa fuerza de la personalidad desbordante, esa voluntad imperativa y casi satánica del conductor de hombres, pero son incapaces de crear un átomo de energía moral. Además..., en los medios pestilentes solo se refocilan los microbios. Avergonzábame mi triste condición de estafermo político y repugnaba a mi delicadeza las complacencias, lisonjas e indignidades con que, en el bajo mercado del parlamentarismo, suele comprarse el medro personal. Pues, prosiguiendo mi relato, después de tan desdichados ensayos parlamentarios, sobrevinieron en mi familia graves contratiempos. Mi padre perdió en la Bolsa buena parte de nuestra fortuna, harto mermada ya con los generosos donativos a las fundaciones piadosas. Y, para colmo de desgracia, meses después, un administrador en quien mi familia tenía puesta toda su confianza, se fugó a América con el importe de productiva finca, la única que nos quedaba. En posesión de poderes que le autorizaban para efectuar la venta, el bribón dio el golpe en ausencia de mis padres, a la sazón trasladados en fervorosa peregrinación a Lourdes y ocupados en implorar a la Virgen amparo y protección en nuestras tribulaciones. Arruinados quedamos con semejante desastre. Mi padre, muy anciano y achacoso, sucumbió del disgusto; mi madre, desgarrada por la pena, buscó consuelo en la religión, y yo, convertido

inopinadamente en jefe de hogar y agobiado por el peso de las obligaciones de la casa, me vi compelido a trabajar, cosa en que jamás había pensado. Puesto que tenía un título de doctor en Derecho, parecióme lo mejor abrir bufete y consagrarme a las tareas del foro.

—Muy bien hecho. ¡Y supongo que tus amigos, ricos e influyentes en su mayor parte, te dispensarían cordial protección, proporcionándote pleitos!, ¿no?

—¡Ay amigo mío! Aquellas duquesas que me aplaudían calurosamente en los Luises, aquellos correligionarios acaudalados que tanto celebraban mis arrestos y campañas contra los socialistas y librepensadores dejaron de visitarme desde que averiguaron nuestra ruina. Ante mis solicitudes de protección encogíanse de hombros y continuaron encargando sus demandas, informes y pleitos a los picaros y aborrecidos liberales: a Salmerón, Canalejas, Montero Ríos, Maura, Dato y Silvela, y tal cual profesional de la toga. Hasta nuestros ultramontanos más recalcitrantes escogían para defender sus negocios ante los tribunales a los ex ministros o a los caciques influyentes en vísperas de ser elevados a los consejos de la Corona. En vano, pues, me inscribí en el Colegio de Abogados y me enfrasqué en la lectura de las obras de Alcubilla, Sánchez Román, Pacheco, Mittermaier, Martínez del Campo, etcétera; inútil fue el encargarme de la defensa de no sé cuántos pobres ni que solicitara ahincadamente recomendación y amparo de los príncipes de la toga y del foro. ¡Nada..., no caía un mal pleito de pan llevar ni una miserable consulta para ir tirando!... ¡Aquello era desesperante! Ciertamente, no me faltaban entusiásticos elogios, sinceros al parecer, de mis amigos, que se hacían lenguas de la brillante forma de mis defensas y de la copia doctrinal de mis informes. Ponderaban sobre manera las citas clásicas con que exornaba mis oraciones, sazonadas con definiciones de Santo Tomás y decretos de los Concilios, así como la rectitud y tino con que solía interpretar y traer al caso el correspondiente texto legal. Pero el éxito positivo, el

que cotiza en pingües honorarios y fama bien cimentada..., ése no llegaba jamás. Pienso ingenuamente que aquí marró también mi educación. Aparte del talento, el abogado listo suele ser (en cuanto profesional de la toga) un ente esencialmente amoral a quien la condición ética de sus defendidos le tiene sin cuidado. Si el litigante resulta un bribón, bueno; si inocente, mejor. Pero a mí, criado en el odio y en la ignorancia de todo lo pecaminoso y reprobable, repugnábame extraordinariamente defender litigantes temerarios y canallas, y faltábame la frescura, sans fagon y arte teatral necesarios a pintar un forajido como un ángel de bondad y de inocencia. A que se añadía el carecer de espontaneidad, malicia y flexibilidad indispensables para sacar partido, en pro de la defensa, de los mil incidentes sobrevenidos durante la interrogación del reo y con ocasión de las vaguedades y contradicciones de los peritos. Y así, para no violentar mi natural rectitud ni turbar mi meticulosa ortodoxia, solo defendía a inocentes, o por lo menos, a reos de menor cuantía favorecidos por circunstancias atenuantes. En condiciones tales, mi oratoria emocional, de tonos patéticos y líricos, alcanzaba algún lucimiento.

—¡Tiene gracia!... ¿No veías que con semejante conducta te alejabas de la realidad e ibas a un fracaso seguro? ¿Qué dirías tú de un médico que tratara exclusivamente enfermos curables? Hay que tomar las cosas como son y no como debieran ser.

En todos los adversos trances de la vida conviene recordar esta máxima de Feuerbach: «Acepta el mundo que nos es dado.» El mundo quiere que el ejercicio de la abogacía sea a menudo ficción y comedia; seamos, pues, comediantes o abandonemos el oficio. Quien no pueda matizar y complicar un poco su psicología moral, sea padre de almas y no defensor de reos. En el espíritu del jurisconsulto debe haber algo de las marrullerías del zorro, de las insidias del sphex y de la impetuosidad y nobleza del león. Por algo no registra el santoral ningún santo abogado, a no ser de la peste...

Además, en esto como en todo el prestigio del arte redime de la culpa. Hay gloria y soberano placer en transformar, al conjuro del ingenio, la falacia en demostración, en rodear de sombras los hechos criminosos, en desconcertar, en fin, con la vistosa prestidigitación de la palabra la recelosa circunspección de jueces y jurados. A semejanza del médico, la suprema aspiración del abogado ha de ser reintegrar a la sociedad una vida perturbada, sin pararse a averiguar si detrás de ella se esconde un criminal o un inocente. Recuerdo a este propósito el dicho de Aristóteles, quien, motejado por dar limosna a un bribón, respondió: «La doy a la Humanidad, no al hombre.» El defensor de un reo puede decir también: «Defiendo a la Humanidad desgraciada, no a un hombre, que puede ser o no ser criminal.»

—Tienes razón, sin duda; pero yo era un ingenuo, un carácter sin dobleces, sombras ni articulaciones. La impersonalidad y ficción constantes del ministerio forense me eran sumamente antipáticas. Idealista incorregible, hubiera yo querido desenvolver no más el lado noble y generoso de la misión del abogado, practicando aquellas bellas cosas que escribe Castro en sus Discursos críticos sobre las leyes: «Ellos (habla de los abogados) son los que con rectas decisiones apagan el fuego de las ya encendidas discordias, los que velan por el sosiego público. De ellos pende el consuelo de los miserables; pobres viudas y huérfanos hallan contra la opresión alivio en sus arbitrios; sus casas son templos donde se adora la justicia; sus estudios, santuarios de paz, etcétera.»

—Cierto es; pero Castro, abogado al fin, se olvida del reverso de la medalla y se expresa como poeta más que como definidor. Porque con la misma razón podrían invertirse sus encomios, diciendo: «Ellos son los que con torcidas decisiones convierten en hogueras el fuego de las ya encendidas discordias, los que velan por el desasosiego público. De ellos pende la desesperación de los miserables, etcétera.»

—Cabal; más los derechos de matrícula obligaban siquiera a

que nuestros profesores nos revelaran la verdad en lo tocante a los fines de la profesión.

—Ignoro si será a causa de cierta exagerada acomodación a la realidad o de un resto de hegelianismo que ha resistido en mi mente a los embates de la ciencia positiva; pero ello es que propendo constantemente a ver alguna finalidad real y útil hasta en las más imperfectas y defectuosas producciones de la Naturaleza y del espíritu. Tal me sucede cuando reflexiono sobre la utilidad social de la gente de toga. Al modo de los microbios de la fermentación, me parece que la misión del abogado es *desdoblar*. Gracias a su acción enervadora y disolvente, se derrumban las más insolentes y mal amasadas fortunas, nivelándose en lo posible el haber colectivo: por ella el feroz *homo sapiens*, exantropoide esencialmente golpeador como el gorila, ha abandonado la espada por el papel sellado y convertido sangrienta lucha en suavísima querrela. Adiestrado por tan hábil domador, los sencillos litigantes acuden ahora al terreno, no a cruzar balas mortíferas, sino vistosos billetes de Banco, que, naturalmente, recogen los padrinos. Con lo cual lógrase, entre otros beneficiosos efectos, administrar saludable sangría al apoplético e imponer cristiana humillación al soberbio, encauzando de paso el dinero, harto distraído y torpe, hacia el bolsillo de los listos y de los despiertos. ¡Grande, providencial y niveladora obra para la cual, justo es reconocerlo, prestan abundantísimas armas y copiosas ocasiones nuestros sabios códigos civiles! Fabricados por abogados, tiran, naturalmente, al provecho de la clase. ¡Sí!... De la hojarasca de esa selva impenetrable de la ley, cuyas ramas exuberantes se imbrican, entrelazan y oponen de mil modos, roen los jurisperitos como la oruga de la col. ¡Pobres de ellos si la lógica y el sentido común, después de oír la voz de la Naturaleza, se metieran a corregir y simplificar nuestras leyes! Pero prosigue tu narración, querido Esperaindeo, y perdona una vez más mis impertinentes reflexiones.

—Paso ahora a contarte lo más penoso...; el bochornoso suceso que ha dado ocasión a nuestro providencial encuentro... Y dispénsame si, al referírtelo, callo detalles del oprobioso ultraje, cuya evocación conmueve e irrita dolorosamente las fibras más íntimas de mi ser... Contrariada mi pobre madre por la tardanza de mis éxitos forenses y apremiando por momentos las insatisfechas necesidades de la vida material, resolvió casarme con una rica heredera. Claro es que yo, virgen en el ejercicio del derecho de elección, no había de salir entonces por el registro de escoger novia a mi gusto. Contraje, pues, matrimonio con una señorita huérfana, fea, histérica y antojadiza, pero dueña de pingüe dote en títulos de la Deuda. Tan brillante partido nos fue proporcionado por el padre Zahori, consejero de mi madre y director espiritual de mi prometida. Pronto me desengañé y se desengañó mi progenitora. En aquella casa, que no era nuestra, vivíamos como huéspedes. No disponíamos de un céntimo. Las considerables rentas de mi mujer consumíanse entre sus lujos, caprichos y dádivas piadosas. Criada en un convento y emparentada con las familias más beatas de la corte, mi esposa compartía su tiempo y actividad en prácticas devotas, en asistir a las fiestas y oficios religiosos, en celebrar juntas benéficas y visitar frailes y conventos. De higos a brevas la veíamos en casa. Cuando mi pobre madre, torturada por la amarga decepción, la amonestaba suavemente por sus despilfarros y el injusto desdén con que me trataba, estallaban incoercibles sus histerismos, y sin la menor delicadeza nos echaba en cara nuestra pobreza, acabando por decir «que de lo suyo gastaba». Yo debí haberme mostrado enérgico, constituyéndome en jefe efectivo del hogar y en administrador de los bienes de mi cónyuge, pero mi blandura de carácter y un resto de mal entendida dignidad me lo impidieron.

Magdalena (que así se llamaba mi mujer) estimábame como se estima un cuadro de mérito o un caballo de buena estampa. Lucíame a guisa de trofeo en iglesias y paseos. De

afecto verdadero, ni asomos. Su corazón, saturado, al parecer, de amor divino, era incapaz de sentir el amor terrenal. Durante nuestras íntimas pláticas y querellas domésticas sentíase vibrar detrás de aquella alma frívola una voluntad viril, extraña a los intereses del hogar, que se obstinaba en contrariar todos nuestros consejos y designios. A fin de refrenar un tanto sus altanerías y derroches, recurrí a la autoridad decisiva del padre Zahori; pero éste se inhibió del negocio diciendo que él no quería meterse en discusiones domésticas y asuntos de conciencia. Mi cuitada madre estaba desesperada: la hija solícita y cariñosa con que soñaba, la que debía atender y cuidar los achaques de su doliente ancianidad, le había resultado una egoísta y una ingrata! Y ahora viene el doloroso y tremendo desenlace. Cuando yo menos lo esperaba, pues nos habíamos reconciliado relativamente, Magdalena, la esposa mística, el dechado de virtudes cristianas, abandona el hogar, huyendo al extranjero. ¡Y en qué odiosas y repugnantes circunstancias! La pérfida y desleal, aprovechando una ausencia mía, negoció los títulos de la Deuda constitutivos de toda nuestra fortuna, llevóse consigo sus alhajas y partió de Madrid en compañía de cierto caballero romántico, vate melenudo y cofrade fervoroso de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Y héteme aquí, en París, deshonorado, miserable, sangrando el corazón por la reciente pérdida de mi madre y en busca de la adúltera, cuyo paradero necesito averiguar para entablar pleito de divorcio y recabar, ¡vergüenza me da decirlo!, la parte de sus rentas que, según la ley, me pertenecen. Limosna vil, deshonrosa, cuya demanda lastima infinitamente mi amor propio..., que rechazaría con altivez si yo supiera hacer algo..., si yo fuera capaz de trabajar con éxito y alcanzar esa independencia económica, sin la cual, decoro, dignidad y satisfacción del sentimiento de la propia estima son vanas palabras... Pero yo no sirvo para nada... Tengo la memoria atiborrada de bellas frases, de fórmulas de definiciones y clasificaciones: ¡palabras, palabras y palabras!... Pero en la sociedad moderna no se medra con tropos ni se

cotizan las bellas cosas que se pueden decir, sino las cosas útiles que se saben hacer. Y lo más triste es que, para consolarme, no me queda ni siquiera la fe, casi naufragada ante el desolador abandono de mis amigos y correligionarios, los mal disimulados desdenes de mis confesores y la indiferencia general de la sociedad. Para colmo de amargura y desencanto, ciertos datos recientemente adquiridos acerca de la vida y milagros del reverendo a padre Zahori me hacen sospechar (¡Dios me perdone la malicia!) que sus familiaridades con mi mujer ino se concretaban puramente al orden espiritual!... He terminado mi narración. Con el alma te ruego vengas en mi ayuda. He declarado que estoy en crisis de ideas, en pleno deshielo de preocupaciones. Aprovecha esta favorable disposición de mi ánimo, si es que juzgas posible aún la regenerabilidad de un cerebro que jamás pensó ni quiso nada por sí. Asísteme en la obra de demoler las sugerencias del orgullo, las construcciones fantásticas levantadas en mi alma por la tradición, el ejemplo y la enseñanza. Haz de mí un trabajador, un hombre útil, y moderno. Siento todavía dentro algo vivo..., algo que protesta contra el triple yugo del dogma filosófico, el privilegio de casta y la rutina del pensamiento. Créeme...; el autómatas ansia moverse por sí y está pronto a echar enhoramala a cuantos maeses Pedros manejaron los hilos de su voluntad y de su acción.

—Has sido víctima —respondió Jaime— de la artificialidad de la educación. Mas, por fortuna, tu mal tiene remedio. La crítica atinada con que has juzgado las causas de tus fracasos y desgracias testimonian que, por milagro extraordinario, el daño no ha llegado a comprometer lo más íntimo y vital de la máquina del pensar. Las cabezas, como los molinos, producen en razón de lo que se les da. Te alimentaron con ficciones y elaboraste fantasmas. Has vivido hasta hoy en tinieblas, como los hombres de la caverna de

Plutón, desterrado de los dominios de la verdad, y solo has comenzado a ver la realidad cuando ella misma ha llamado reciamente a las puertas de tu conciencia. La experiencia directa del mundo, más fuerte que todos los convencionalismos de la educación, ha barrido en tu alma los ebúrneos castillos de la tradición y las pintadas bambalinas de la fe. ¡Bello y excelso es el ideal religioso! Podría compararse a esos llamados hijos de la Virgen, sutilísimas hebras de plata con que durante el otoño anuda y entreteje la araña las frondas y troncos linderos de sendas y caminos. El artista se detiene ante el frágil obstáculo y contempla arrobado cómo de tan nítidos, cristalinos y oscilantes hilos arrancan los rayos del sol muriente áureos relámpagos y cómo a través del mágico y luminoso tul se esfuminan y oscurecen árboles y montañas; pero, ¡ay!, de improviso llega el arrollador automóvil del progreso y cae para siempre la fulgurante cortina, con tantos esfuerzos levantada, descubriendo sin piedad la realidad implacable y escueta... Aplaudes de todas maneras tus desventuras. Sin ellas seguirías todavía dormido. Y puesto que tus facultades críticas no han naufragado, yo procuraré robustecerlas. ¡Y el día que seas hombre y abandones para siempre el error y el parasitismo, dos tiranos que parecen muy amigos de nuestra sensibilidad, siendo en realidad sus más insidiosos enemigos, verás qué intensa, noble y soberana fruición experimentas! Cuando des libre desarrollo a tu personalidad y a tus talentos...; cuando todas las células cerebrales, entumecidas por el desuso, incorporen sus vibrantes expansiones y entonen himno clamoroso al trabajo redentor, entonces comprenderás todo el sublime orgullo y soberano deliquio que hay en esta frase profundamente religiosa: «Libre soy, vivo de mis obras y, gracias a mi labor, la Humanidad tendrá un poco más de placer y algo menos de dolor...»

II

...Pero antes de proponerte el plan que necesitas voy a contarte, según te ofrecí hace poco, mi propia vida, de la cual no conoces sino algunos pocos episodios. En ella encontrarás, si la meditas sinceramente, una lección y un camino. Nací en una aldea del Pirineo, de padres humildes, modestos pegujaleros, que no pudieron dar a sus hijos otra instrucción que la de la escuela municipal. En cuanto supe leer y escribir, la dura necesidad obligó al autor de mis días (pues tenía seis hijos más) a acomodarme de zagal en las majadas de un rico ganadero del lugar. Y cádate a un zagal de once años escasos, que había entrevisto en la escuela el luminoso cielo del saber, reducido al humilde oficio de guiar por los puertos y prados comunales un rebaño de hasta trescientas reses, en tanto que padre y hermanos sudaban la gota gorda en la llanada, laboreando campos de pan llevar, huertos y frutales. Desde entonces mi vida y mi pensamiento se modelaron en la bravía Naturaleza. Lo poco que aprendí en la escuela, esto es, algunas nociones de aritmética, geografía, historia y literatura, bastóme para mantener vivo en mi espíritu el afán de ciencia, la nostalgia de la verdad infinita acerca del mundo y sus causas. Y resolví en mi corazón que aquel mi ruin estado sería interino, y que, tarde o temprano, con industria y labor perseverante, me emanciparía de la ignorancia y del embrutecimiento, terribles males anexos a la pobreza. Por fortuna, en mis alentadoras esperanzas y ambiciones de una vida más intelectual y conforme a mis gustos, me socorría y confortaba a menudo el maestro, cazador infatigable y excelente varón, que al encontrarme en el monte solía decirme, después de regalarme algún librejo: «Jaime, sabes que te estimo y he cifrado siempre en ti las mejores esperanzas. Mira: no pierdas, por Dios, la costumbre de leer ni te amodorres en

esa bestial inadmira^{ción} de las cosas, a semejanza de tus infelices camaradas de aprisco. Ten presente que naciste, yo te lo fío, para ser algo más que zafio pastor. Poco he de poder o acabaré por hallar persona que se interese por tu suerte y te costee una carrera. Espera, pues, sin impaciencia y trabaja entre tanto. Vivir entre rocas y árboles no es vivir solo. En torno tuyo se extiende el infinito, es decir, la realidad eterna con sus inagotables maravillas. Explora este pequeño mundo, aunque al principio caigas en groseras ilusiones. Lo esencial es que adquieras el hábito de mirar y de escuchar, de atender y de abstraer, de ver lo grande en lo pequeño y referir los efectos a sus causas.»

iOh el excelente amigo y pedagogo! ¡Las lágrimas se me saltan al recordar aquel recto y hermoso corazón, aquel admirable vivificador de estatuas humanas! ¡Sin sus alentadores consejos acaso vegetaría yo, convertido en rudo y miserable gañán, en el corazón de aquellos riscos! Por suerte, sus cariñosas advertencias cayeron en un alma despierta y ambiciosa. Y, así, le prometí cordialmente no enmohecer mi naciente entendimiento y consagrar mis ocios a la observación de la Naturaleza. A fin de anotar mis impresiones diarias, compré con el importe de la primera añada abundantes lápices y papel, fabricándome tres gruesos cuadernos. El campo es, según decía el maestro, a la vez museo y biblioteca, y en él pueden hallar sabrosa ocupación y noble empleo todas las facultades del espíritu. Mi escenario era un valle elevado, encuadrado en cimas abruptas, coronadas de perpetuas nieves. Hacia arriba divisábase el cielo azul, oscuro, angostado y recortado en la línea del horizonte por las sinuosidades de los picos gigantes, mientras que allá en lo hondo, es decir, hacia el mundo habitado, desataba el río sus mugidores raudales, que fecundaban prados y huertos y lamían los pobres y pardos caseríos del brumoso lugar. Acabo de decir que mi encumbrado y apacible valle era una biblioteca-museo, y añado que constaba de tres anaqueles pintados de color diferente. El anaquel superior o azul contenía los libros y

mapas que tratan del cielo, nubes y meteoros atmosféricos de los astros y de sus órbitas. El anaquel pardo o intermedio, representado por las montañas, revelábame en láminas murales gigantescas la composición y propiedades de las rocas y fósiles, la forma y origen de heleras, ibones y regatos. En fin: el anaquel verde o inferior extendía ante mis ojos policromas estampas, donde se representaban al vivo bosques y praderas, campos y aldeas, es decir, el suave y misterioso encanto de la vida vegetal, el hechizo de las amorosas flores, el raudo girar de pájaros y mariposas, el hombre, en fin, con sus instintos y pasiones, su razón y su inteligencia. De las cosas que se ofrecían a mi atención unas se movían y otras no. Eran estas últimas las rocas, cristales y fósiles, a las cuales consagré el menor de mis cuadernos. En cambio, las estampas del estante superior e inferior, del cielo y de la vida, estaban en continua mutación y me obligaban a anotar día por día sus extrañas metamorfosis. Dos gruesos cuadernos llenaron mis observaciones rudimentarias sobre el orto y ocaso de los astros, las épocas de floración y fructificación de las plantas, las fases evolutivas y curiosos instintos de insectos, pájaros y cuadrúpedos. Poco a poco se abrió camino en mi espíritu la ley soberana de la eterna rotación de las cosas, del perpetuo ir y venir de los astros en sus órbitas, del perenne peregrinar de la vida, que se concreta y recata en el germen cuando las condiciones cósmicas le son adversas y se dilata y expande en vistosas y maravillosas construcciones en cuanto el tibio soplo primaveral derrite la nieve y desentumece la tierra.

Como consecuencia de tan primitivas, pero insistentes observaciones, despertóse en mí el gusto por la Naturaleza, y fue progresivamente desenvolviéndose la memoria organizada o lógica y el espíritu crítico. Reflejo fiel de la realidad viva y palpitante, mis percepciones e ideas clasificáronse y asociáronse según las relaciones normales de los objetos del mundo exterior. Los fenómenos que en éste se ofrecen ligados, según leyes constantes de sucesión y coexistencia, vinculados quedaron también en mi cerebro (en

cuanto ideas) y enlazados por vías nerviosas tan robustas que nada podía romper. Preocupado de continuo con el registro y roturación del mundo objetivo, no sentí nunca esa vaga necesidad, esa indefinible nostalgia del ensueño metafísico, tan perturbador de las legítimas asociaciones interideales. El incesante laboreo de la observación, junto con la efervescencia de conceptos objetivos a que daba lugar, desarrollaron en mi cerebro una lógica sencilla, monolateral sin duda, pero firme y segura de sus fuerzas. Cuando ejercitaba la inducción jamás vino a mis mentes la idea de sustantivar las leyes fenomenales, convirtiendo la causalidad eficiente en causalidad metafísica. Veía en la flor obligado antecedente del fruto; en el huevo, indeclinable condición del desenvolvimiento y eclosión del polluelo. Para explicar estos fenómenos o, mejor dicho, para concebir su explicación como posible, en vez de recurrir a un ente o fuerza especial distinta de la organización, parecíame harto más sencillo suponer en la materia viva la existencia de resortes materiales íntimos, misteriosos, que la ciencia llegaría a esclarecer con el tiempo, como había esclarecido, reduciéndolo a condiciones geométricas, el admirable mecanismo planetario. Tan solo para la esfera moral, para los difíciles dominios del libre albedrío, se me presentaba el espíritu como una hipótesis plausible o por lo menos razonable. De todas maneras, de existir un alma, parecíame forzoso admitirla también en los animales. El hombre rudo, sencillo, que yo diariamente contemplaba, estaba tan poco alejado todavía del reflejismo de la animalidad, que toda diferencia esencial en orden a la categoría del *primum movens* me resultaba injustificable privilegio. Los frutos logrados durante aquellas ingenuas y primitivas exploraciones por el campo de la Naturaleza me han persuadido después, coincidiendo con educadores ilustres, de que no hay más que un buen método pedagógico: conducir al alumno a la contemplación directa de la realidad, guiándole por el mismo camino (salvo las abreviaciones y simplificaciones reclamadas por los apremios del tiempo) recorrido por la evolución histórica de la ciencia.

En mi sentir, solo la realidad es fuente de ideas luminosas, de ideas fecundas, capaces de dar frutos de acción. Y tengo por insuperable al maestro que, desarrollando las facultades de observación del educando, sabe infundir en éste la ilusión de haber logrado descubrir en las cosas algún parvo detalle escapado a la sagacidad de los primeros exploradores. ¡Cuántas veces el cándido error de haber añadido una nueva estrella al cielo del saber ha convertido en sabios a los curiosos y dilettanti! Cuando, merced a las pesquisas bibliográficas o por virtud de las noticias del maestro, sepa el novel observador que sus pretendidas conquistas obra son de genio ilustre antepasado, lejos de desanimarse cobrará confianza en sus fuerzas. Y podrá ser que discurra de este modo: «Si hoy he coincidido con un investigador pretérito, bien podrá suceder que otros investigadores, contemporáneos o futuros, coincidan conmigo. ¡Manos, pues, a la labor! Vasto es el camino, infinita la obra. Para todos hay. En nuestra voluntad está el convertir la nebulosa de hoy en constelación del mañana.» Claro es que de todas mis ideas y sentimientos de adolescente era incansable y suavísimo promotor aquel excelente maestro de que antes te hablé, don Enrique Fernández, un filósofo que, por haber quedado huérfano y sin recursos al promediar la carrera de Ciencias, se vio obligado, para subsistir, a revalidarse de maestro y arrinconarse en un pueblo. Pero él había cobrado cariño a su espiritual ministerio y lo ejercía como el más augusto de los sacerdocios. «Ya que no he podido ser sabio, quiero hacer sabios», nos decía. Prendado de mi serenidad y del interés y profunda atención con que oía sus lecciones, habíame cobrado un afecto más que paternal. Y así, no se pasaban dos semanas sin que, a pretexto de las liebres o de los sarrios, no viniera a visitarme a mi selvático retiro. Grande era la satisfacción de mi progenitor intelectual cuando, al curiosear mis notas y cuadernos, advertía cómo se desarrollaba progresivamente en su discípulo predilecto el culto sincero a la Naturaleza y el gusto por las observaciones precisas y ordenadas. Admirábase de que un rapazuelo

pastor, sin más profesores que la luz ni otros modelos que los objetos naturales, hubiera aprendido a dibujar bastante regularmente. Y para alentarme en esta vía fecunda solía decirme «que dibujar es analizar, disciplinar la atención errabunda, observar corrigiendo y meditando». Siempre me acordaré conmovido de su última visita a la majada. Acababa de hacer brillantes y victoriosas oposiciones a una plaza de profesor en la Escuela Normal de la capital de la provincia y debía abandonarme acaso para siempre. Estábamos sentados en lo alto de un estribo granítico, desde el cual se descubría en lontananza el brumoso valle del lugar, y allá, en las violadas lejanías, la sierra de Gratal, que separa la fría y verde región de las montañas pirenaicas de las tibias y doradas llanuras donde verdea la vid y fructifica la higuera. Una sombra de esa misteriosa y solemne tristeza que exhala el declinar de las cosas y la separación irremediable de los corazones anublaba los ojos del maestro. «Hijo mío —exclamó, tomando paternalmente una de mis manos entre las tuyas y poniendo en su voz inflexiones de infinita ternura—, yo me voy a la ciudad a recoger el fruto de mis afanes, pero no te abandono. Desde allí velaré por tu educación, te enviaré libros científicos y trabajaré para sacarte de la penosa situación en que te encuentras. Con el interés y calor que puedes suponer te he recomendado al alcalde y al médico y he interesado en tu favor al diputado del distrito. Milagro será que entre tantos valedores no acertemos a hacerte hombre, poniendo, al fin, de acuerdo tu vida y tu vocación. Entre tanto, no pierdas el tiempo. La oscuridad en que vegetas no es tiniebla atrofiadora de los ojos del alma, sino negrura del suelo donde el árbol de la inteligencia extiende y nutre en silencio sus raíces, haciendo provisión de savia para proyectar después al cielo su penacho. Continúa estudiando y estudia por ti. Haz caso de lo que dicen los libros; pero ten en más lo que dice la Naturaleza, modelo de los libros. Considera que tu porvenir depende del grado de independencia y originalidad con que juzgues de la realidad del mundo. En la máquina social hay que ser motor, no rueda; personalidad, no persona. Sé tú, no

los demás. Evita la credulidad excesiva y aparta de la imaginación diablos, duendes, fábulas y consejas. A la hora de pensar o de discutir sabe que la posición más fuerte es la del escéptico. No admitas como oro de ley las teorías de los libros. La época de las teorías será más adelante, cuando tu juicio, fortalecido y despojado de la sugestionabilidad juvenil, haya alcanzado todo su vuelo crítico. La Naturaleza y la lógica aconsejan de consuno este orden en la adquisición de los conocimientos; primero, los hechos, es decir, el registro de las percepciones según las relaciones con que llegaron a la conciencia; luego, las leyes generales empíricas; en último término, las hipótesis y teorías. Presumo durará poco tu aislamiento. Más si, contra lo que espero, se prolongara varios años, correrías dos riesgos graves, contra los cuales deseo prevenirte: la torpeza verbal por desuso y el individualismo egoísta y cerril. Contra el riesgo primero apela sin temor al monólogo, a la lectura en voz alta, en fin, a la ficción de conversaciones, conferencias y polémicas. Supón que tus cabras son concurso de gente, y esta peña, sitio de donde les diriges la palabra, exponiendo tus observaciones y progresos en las ciencias físicas y naturales. Ni tengas inconveniente en platicar y discutir con tus compañeros de aprisco y con los carabineros y contrabandistas que frecuentan estas soledades. Hasta la contradicción necia y la obstinación ignorante pueden sugerir ideas luminosas. El hombre es un ser social cuya inteligencia exige para excitarse el rumor de la colmena. No hay ser más solitario e individualista que el infusorio, y, sin embargo, necesita de cuando en cuando conjugarse con otro ejemplar de su especie para no perecer. Así son los entendimientos: si no se conjugan, languidecen y mueren. En fin, escríbeme a menudo, no solo para consultarme dudas, sino al propósito de ejercitarte en la composición y soltarte en la sintaxis. No olvides que en la ciudad la fortuna y el señorío pertenecen al que habla o al que escribe. La estimación gran social granjeada depende, antes que de saber, de persuadir que sabemos. Hay que hablar bien para que nos quieran bien, y, sobre todo, para inspirar confianza. El hombre excesivamente

callado, cuando no pasa por tonto, discuto infunde recelo; en su enigmático silencio vemos algo del amenazador reposo de la víbora o del engañoso espejismo del agua mansa. Tu segundo riesgo cuando consiste en el individualismo arisco y displicente, en el endiosamiento antipático. Combate semejante tendencia como a tu mayor enemigo. Jamás olvides que tus talentos no valen sino por la sociedad y para la sociedad; piensa que, a pesar de tu aparente aislamiento, eres una célula del organismo nacional que te sustenta, educa, ilumina y protege. El actual extrañamiento de la vida civilizada y superior representa la fase necesaria de tu evolución espiritual. Larva eres que tejes el intrincado capullo de un cerebro presente para volar mañana por el libre ambiente de la ciencia y de la acción. Considerándolo bien, no cabe pensar siquiera que estés desterrado de la sociedad; a la manera del buzo sumergido en el fondo del mar, un amplio tubo te enlaza con la región de la luz y del aire; por él recibes el oxígeno del amor paternal, el resplandor de la cultura riendo y las palpitaciones del calor de humanidad, entre las cuales las mías no son ciertamente las menos vivificantes y confortadoras. Termino, hijo mío, e insisto una vez más en mi tema. Careces de fortuna: has venido al mundo cuando ya el planeta estaba repartido. Pero no desfallezcas; si positivamente vales, si hay en ti algo de esa energía del conductor de pueblos o despertador de almas, no faltarán gentes que cultiven tierras, tejan estofas y eleven palacios para ti. Como los soldados de Napoleón, tú llevas también en la mochila el fajín de general. Más para que la sociedad te alce sobre el pavés hay que crear algo grande e indiscutible; es preciso luchar y vencer. Y antes de requerir las armas contra el mundo, vuévelas contra ti mismo convertidas en herramientas de escultor. Esculpe tu cerebro, el único tesoro que posees. Careces de campos que cultivar y de jardines en que solazarte; laboreas, pues, el campo del entendimiento y adora y engalana el jardín de la fantasía. Riquezas son estas que no podrá arrebatarte nunca la codicia humana. Procura, pues, ser un Crespo en ideas; sobrarán personas que te las compren. Cuando no el interés

y la industria, te las solicitarán la bobería o la holganza, pues todavía no se han resignado los hombres a parecer lo que son. Y baste por ahora con lo dicho. Adiós, hijo mío.»

Y el noble anciano, en un transporte de paternal ternura, besóme en la frente, y después de enjugar una furtiva lágrima desapareció por el empinado sendero. Al través de mi emoción parecióme que la cabeza del maestro adquiría, al alejarse, nimbo de luz y declinaba en el horizonte cual lucero de la tarde. En cuanto su imagen se eclipsó, escribí afanoso sus consejos, indeleblemente grabados por el entusiasmo en mi memoria. Por eso los recuerdo hoy tan puntualmente...

—Tal como la pintas, la figura de tu preceptor resulta altamente simpática y conmovedora. ¡Vaya por el alma antigua y el pedagogo novísimo! ¡Bien aprovechaste sus sabias lecciones! A la legua se ve que está tu primera educación, en plena Naturaleza y al calor de tan solícito despertador de inteligencias, modeló y templó el ánimo del futuro investigador, desarrollando sana y robusta lógica y voluntad energética y perseverante.

—Sin esponjarme con tus benévolos juicios, inspirados por la amistad, pienso que aquellas luminosas enseñanzas fueron decisivas para mi porvenir. Gracias a los alentadores preceptos de mi mentor y a la fortuna de haber librado el cerebro, durante la niñez y adolescencia, de toda insana y vigorosa sugestión, pude adquirir, con la aversión a las hipótesis supernaturales, cierta intuición o sensibilidad crítica que me permite discernir, casi al primer golpe de vista, los conceptos demostrativos o verosímiles de los disfraces retóricos de la verdad, es decir, de las artificiosas y alambicadas alegaciones del prejuicio de la escuela, del sórdido interés o del candoroso sentimentalismo. Al revés que tú, estudié primero las cosas, luego los libros, con que estos ilustráronme sin sugestionarme y torcerme. Cuando llegó la época de los sistemas científicos o filosóficos ocurrió lo predicho por el maestro: la razón, vigorizada o suficientemente preparada, pudo reaccionar conscientemente

en contra o en favor de los mismos. Sabido es que las hormigas rojas o esclavistas cuando salen a campaña pillan los hormigueros de sus homogéneas negras, arrebatando y secuestrando a las infelices larvas, que, al desarrollarse en el ajeno nido, se encuentran esclavas, sin sospechar siquiera que nacieron para libres. Gracias doy a la Fortuna y a mis maestros por haberme dejado ser lo que la Naturaleza quiso que yo fuera, preservando mi voluntad del secuestro que imponen para siempre en la vida mental, ora las hormigas rojas, ora las hormigas negras...

—¡Brava comparación que a mí, ignorante hasta de los rudimentos de las ciencias naturales, no se me habría ocurrido!

—Cuanto más reflexiono sobre el problema de la educación más me persuado de que el cerebro humano no está construido para ajustarse a los libros, sino a las cosas. Atenido a la copia macilenta del mundo estampado en la hoja de papel, el niño retiene y comprende mal, porque la atención, mordiente o fijador de la idea, no obró con el vivo resplandor de la percepción directa, sino con el pálido claror de los símbolos y de las fórmulas abstractas. Al través de las cabezas humanas se ve el hombre, no la realidad objetiva del Cosmos. Tengo para mí que entre el concepto vivo, automática y gallardamente surgido en la mente por la contemplación directa de los fenómenos, y el provocado por las desvaídas y mutiladas descripciones de los textos o de los profesores, existe mucha más diferencia que entre una fotografía natural y una fotografía de fotografía. Perdido el contacto con la Naturaleza, la máquina cerebral trabaja con ecos y sombras, y así salen de falsas, entecas e incoloras sus construcciones. Si no temiera abusar de las comparaciones, de buena gana compararía yo el cerebro a una asamblea legislativa, en la cual cada diputado, es decir, cada célula o grupo de células nerviosas, representa a un distrito del Cosmos. En las cabezas bien construidas y administradas, en aquéllas en que, según diría Spencer, la

coordinación entre las relaciones externas e internas se estableció legítimamente, cada representante conoce y traduce fidelísimamente las aspiraciones e intereses del distrito; mas, a semejanza de los parlamentos corrompidos y amañados, en las cabezas mal educadas los representantes o neuronas son todos diputados cuneros, desconocedores de la circunscripción que simbolizan, sin más ciencia política y social que la reflejada por el programa del jefe o santón, texto vivo por obra y gracia del cual recibieron la investidura parlamentaria. Por donde resulta que cuando esta especie de obispos *in partibus* creen abogar por las legítimas aspiraciones y necesidades de los pueblos, abogan en realidad por la ambición, codicia y medro personal del cacique. Pero basta de enfadosos símiles. Con tu permiso, prosigo la narración. Frisaría yo apenas en los catorce años, cuando cierto día visitó mi amo sus corrales y ganados. Noticioso de las extrañas aficiones de su zagal, curioseó, en ausencia mía, los citados mamotretos y quedó sorprendido al repasar tantas descripciones y dibujos. A mi regreso del puesto me preguntó, señalando los abultados cuadernos: «Muchacho, ¿quién te ha enseñado estas cosas?» «Me las enseñaron, en primer término, el maestro, algo los libros y un poco la experiencia.» «Pero ¿cómo ha nacido en ti curiosidad tan impropia de tu edad y oficio?» «¡Toma!... ¿Acaso cielos y montañas, árboles y flores no se criaron para ser admirados y conocidos? En la soledad de la sierra ellos parecían mirarme como quien desea ser interrogado y yo los interrogué, logrando, a fuerza de paciencia, entender un poco el lenguaje de sus gestos y entrever algunas páginas de su vieja y maravillosa historia...» En conclusión: mi amo, a la sazón alcalde del lugar, y a quien había prevenido mi querido maestro, me sacó de la majada, consiguiendo poco después, con gran regocijo mío y de mis padres, que el Ayuntamiento acordara costearme una carrera literaria. Deseaba yo escoger la de ingeniero o de médico; pero, desgraciadamente para mis gustos, el amor maternal, tan grande y abnegado como celoso, intervino torciendo mi vocación. Mi madre, nostálgica y de ternura filial (a la sazón compartida con varias nueras,

pues mis hermanos eran casados), quería hacer de su Benjamín un eterno célibe, esto es, un sacerdote, a fin de vivir en su compañía y acaparar su corazón. Y así, torciendo mi rumbo, ingresé en el Seminario conciliar oscense, y lo hice con todas las apariencias exteriores de sumisión, pues por nada de este mundo habría dado a mis protectores el triste espectáculo de una rebeldía filial. Acariciaba, empero, la esperanza de emanciparme más adelante, en cuanto se me deparase circunstancia favorable. ¡Qué alegría cuando cayeron en mis manos los libros de Historia Natural, de Física, Química y Matemáticas! Y icuán noble y legítimo orgullo al hallar en sus páginas plenamente confirmadas mis rudimentarias observaciones y resueltos de admirable manera mil problemas interesantes inaccesibles a mi inexperta inteligencia! Era toda una brillante legión de muertos ilustres que abandonaban sus tumbas para conversar conmigo; la Humanidad pensante de los siglos, que venía a otorgarme, con generosa mano, el precioso fruto de sus meditaciones... Fiesta deleitosa del espíritu fue, durante tres años, la asimilación febril y emocionante de tantas y tan admirables verdades, leyes y teorías astronómicas, físicas, químicas y biológicas. Ni me contentaba con los textos, harto sucintos por lo común; devoraba también las obras magistrales, a cuyo objeto, además de frecuentar la biblioteca del Seminario y la copiosísima del Instituto provincial, saqueaba sin compasión las de mis camaradas de los últimos años, y, sobre todo, la librería de mi maestro, el carísimo amigo y confidente del espíritu. Mi fervor por las obras de Teología, Historia Sagrada y Filosofía dogmática fue menos vivo. Ciertamente, hallé en ellas excelentes doctrinas morales, trozos de elocuencia arrebatadora, ingeniosísimos artificios dialécticos para conciliar los postulados de la experiencia con la verdad revelada; arranques sublimes del amor místico, desdeñoso de la tierra y orientado, como las flores, hacia la celeste luz; pero me sorprendieron también ideas y tendencias que casaban mal con la tonalidad intelectual y afectiva de mi espíritu. Parecíame que la mayoría de los filósofos y moralistas cristianos amaban poco

la vida y el mundo y miraban con cierto aristocrático menosprecio los hechos y conclusiones de las ciencias físicas y naturales. Sin desconocer el sentimiento profundamente altruista que la inspiraba, sonaba mal en mis oídos la frase de San Pablo: «La ciencia hincha y la caridad vivifica.» Tampoco era de mi agrado la doctrina de San Agustín, cuando en su amor místico reprobaba el afán de gloria «cual una impureza que impide semejarse a Dios», como si el Supremo Hacedor no hubiera creado el mundo para su gloria y como si el arte y la ciencia, es decir, cuanto de grande y de luminoso hay en el mundo, no representara la obra de los enamorados de la fama y el holocausto más digno rendido a la divina sabiduría. La esquividad notoria, aunque inconfesada, de los dogmáticos hacia la verdad científica, junto con su desconfianza excesiva en las fuerzas de la razón individual, llenábanme de confusiones. ¿Por qué recelar de la ciencia, interpretación lógica y humana de la obra de Dios, y desconfiar de la inteligencia del hombre, reflejo de la divina? Al fin y al cabo, también la lógica es una revelación de lo Alto, una Biblia universal innata, anterior y posterior a todas las Biblias...

—Sí; pero habrás de convenir en que esa Biblia tiene una lectura bien difícil y peligrosa...

—Es verdad; más yo, que adoraba la incomparable moral del Evangelio, alimentaba entonces la candorosa ilusión de cimentarla en el terreno firmísimo de la ciencia. Más pronto vino el desengaño... Tenían razón mis profesores: la obra de Dios, interpretada por la razón, es inconciliable con los dogmas proclamados por la Iglesia... Mi espíritu, de cada día más turbado, fue teatro de terribles combates, de los cuales surgió la luz como el rayo de la tempestad. Gradualmente, la chispa fugitiva e intermitente se convirtió en antorcha esplendorosa y surgió en mi alma la convicción desoladora de que el hecho fundamental sobre que se basa todo el rutilante alcázar del cristianismo, es decir, la inspiración divina de las Santas Escrituras, constituye una formidable equivocación,

causada por la tendencia innata del hombre (instinto esencialmente definitivo y utilitario) de persistir y de sobrevivirse. Desde aquel solemne despertar, todas las grandes religiones adquirieron a mis ojos el mismo valor filosófico y ético, presentándoseme cual esfuerzos laudables, pero prematuros, encaminados a esclarecer los tremendos enigmas del mundo y de la vida. Nacidas en la infancia de la ciencia y de la lógica, icómo habrían de atinar con la solución del formidable arcano!

—¿Te alegrarías, sin duda, de emancipar tu razón de las cadenas de la fe?

—Todo lo contrario... Al recibir el choque de tan inesperada revelación, una gran tristeza se apoderó de mí. Me había convertido de hecho en otro hombre, en un ser aparte, puesto que me era imposible compartir las ilusiones y esperanzas de los demás. En semejante estado emocional, la risa socarrona de Voltaire habríame parecido impía profanación, algo así como grotesca carcajada de clown en un entierro. Contemplábame desvalido, caído y desterrado del cielo, abandonado a la muerte y a la nada, rotos, en fin, los dorados y misteriosos hilos que juntan, al decir ingenuo de la fe, todas las criaturas al corazón infinitamente misericordioso de Dios... ¿Cabe mayor amargura?... Desde entonces erré desolado, paseando mis melancolías por las orillas del Isuela, viviendo en la soledad de mi corazón cual naufrago en isla desierta e inhospitalaria. ¿Acaso tenía yo derecho a arrebatarse a mis inocentes camaradas grata y alentadora ilusión, a interrumpir cruelmente, con un brutal despertar, sus rosados sueños de beatitud y eternidad? Pero mis lágrimas no brotaron solamente por reacción del orgullo humillado y del encanto de la existencia desvanecido; lloré, sobre todo, la miseria y pequeñez de la frágil razón humana, la cual, a despecho de las clarividencias del genio y de las brillantes artes de la lógica, había sido y continuaría siendo durante muchos siglos víctima de las más groseras ilusiones... ¡Pobre Humanidad, que no puede vivir en paz sino

a condición de esperar la inmortalidad, ni soportar las acritudes del mundo sino soñando con los delirios de un mundo mejor!... Gradualmente, lo más sano y robusto de mi ser mental reaccionó contra tan enervadoras y deprimentes cavilaciones. Y pasó la grave crisis psicológica... Vuelto al amor de la vida, acabé por hallar en esos grandes espejismos de la religión y de la filosofía cierta lógica profunda: la lógica del error necesario, del error educador. «La Naturaleza —me decía— cultiva, impone y hermosea el error. Incúbalo nuestro cerebro más amorosamente aún que a la verdad; el corazón le enciende alegres luminarias; la conciencia social lo consagra y dignifica. Hondo sentido palpita en este extraño consensus unus de la naturaleza y del espíritu, de los sentidos y de la inteligencia.» Fuera rarísima cosa que una tendencia tan íntima, arraigada en las profundidades mismas del instinto, no cumpliera ningún fin utilitario. «¡Quién sabe —pensé— si las hipótesis ilógicas no son comparables a esos órganos rudimentarios y en vías de aparición que desempeñaron, sin embargo, un día provechosas y trascendentales funciones en la economía de los organismos!» Con relación al porvenir, preñado de estupendos descubrimientos y de inesperadas rectificaciones, el hombre actual es todavía un niño ingenuo, para quien el ensueño constituye alimento indispensable. Privarle de repente de sus bonitos juguetes y sustituir los mágicos cuentos de nodriza por los severos apotegmas de la ciencia, ¿no equivaldría a estorbar quizá su ulterior y grandioso desenvolvimiento? Si la Efémera sospechara su inminente caducidad, ¿celebrara gozosa al sol nupcias fecundas? Después de todo, ¿qué sabemos, ipobres de nosotros!, del objeto de la vida? ¿Hacia dónde camina esa corriente de protoplasmas, salpicado de cuajadas espumas (las células), de la cual el hombre representa el postrer remanso? ¿Fue su cauce obra de la inteligencia o del acaso? ¿Vamos hacia la verdad o hacia la felicidad? ¿Somos fines o instrumentos? ¡Quién sabe!... Afortunadamente, por extensas y densas que sean las nieblas de la filosofía, no suelen descender del cerebro a las manos. Si a la hora de pensar dudamos, a la de

obrar sentimos claro que, sea cual fuere el Principio rector del Universo y de la vida, este Principio no puede abominar de su obra ni dejar de mirar con propicios ojos cuanto tienda a impulsarla hacia el amor, el progreso y la paz. Por donde se colige que amar a los hombres, disculpar y comprender sus yerros, esclarecer su inteligencia, vale tanto como secundar el pensamiento del Incognoscible, querer lo que quiere Dios... Y al meditar en esta hermosa y redentora empresa, pronto eché de ver que la hipótesis religiosa tenía aún una gran misión que cumplir: fundar la democracia sobre el supuesto inverosímil, pero salvador, de la existencia e igualdad esencial de los espíritus; consolar al desgraciado, ínterin llegan los tiempos venturosos de la justicia humana; disipar los sombríos terrores de la muerte con la bella ilusión de una espléndida y definitiva aurora; dulcificar progresivamente, mediante la sugestión constante de la caridad y el altruismo, los fieros impulsos heredados por los hombres de las más bajas formas de la animalidad; conservar, en fin, la vida fuerte, jovial y serena hasta que alboreen los dichosos días en que sea instinto infalible el bien; tendencia innata, la justicia, y poesía y belleza excelsa, la verdad...

—Estoy verdaderamente maravillado de que tú, asistido exclusivamente de las fuerzas de la razón, llegaras a dudar de la verdad revelada, cuando filósofos insignes, entre ellos Renán, necesitaron para ello muchos años de investigaciones históricas, arqueológicas y lingüísticas...

—Mi precocidad, en clase de racionalista, no tiene, querido amigo, nada de extraordinario; fue mero efecto de higiene mental. Si yo hubiera, a semejanza del ilustre escritor francés, respirado durante mi niñez y adolescencia el incienso de iglesias y conventos, en vez del aroma acre y bravío de la libre Naturaleza, por seguro tengo que jamás lograra desincrustar de mi cerebro las irisadas cristalizaciones del ideal religioso ni las formaciones carboníferas del dogma. Pero cuando, escapado de mis riscos, caí en la Iglesia, mi sentido lógico estaba ya, según presumió mi maestro, harto

fortalecido y resistente para ser vaciado en la turquesa de la tradición. Aparte de esta feliz circunstancia y del innegable influjo que en ella tuvo mi buen preceptor, es indudable que existen naturalezas instintivamente refractarias o muy poco inclinadas a la creencia en lo sobrenatural. No me jacto de pertenecer a esta grey de cabezas fuertes, insugestionables, obstinadas en mirar eternamente a la tierra; pero ello es que desde mi niñez sentí extraña repugnancia hacia las doctrinas difícilmente compaginables con las enseñanzas de los sentidos y los dictados de la experiencia. En prueba de lo cual te diré que a los diez años reíame de diablos y de brujas, y cuando mis camaradas, los zagalones de la aldea, ponderábanme la eficacia de las rogativas para aplacar la ira de los elementos o ensalzaban la virtud mirífica de Santa Orosia de Jaca para sacar los demonios del cuerpo de las histéricas, me era imposible reprimir un gesto de incredulidad. Menos acertaba a explicarme aún ese profundo pavor que inspira a los pobres aldeanos la cólera divina, pareciéndome que si, según consigna la filosofía tradicional, lo Absoluto gobierna el mundo según leyes físicas invariables, el miedo a la ley representa una desdichada e inútil derivación del sentimiento y de la energía reaccional, que serían harto mejor empleados en el análisis valiente y penetrante de la ley misma.

—Según esto, proscribes el culto, es decir, el espíritu mismo de la religión, que representa, por encima de todo, un lazo moral entre el hombre y su Creador. ¿Para qué rezar, si no ha de modificarse el curso preestablecido de las cosas? Implorar equivale a sugerir en vano la violación de una ley universal...

—Ciertamente, y por eso precisamente estimo que, en presencia de leyes invariables, nuestro papel se reduce a estudiarlas y cumplirlas con el menor daño de la vida y de la evolución, integrando copiosamente, según te dije antes, nuestro personal esfuerzo en la corriente común de la Naturaleza, y convirtiéndonos, de ruines pordioseros que

fuimos, en sublimes colaboradores del pensamiento divino. Y, en todo caso, soportemos valerosamente la verdad, porque solo este valor traerá la tolerancia y la calma, la fortaleza del cuerpo y la serenidad del espíritu. Únicamente por el optimismo animoso y activo logrará quizá algún día sobreponerse el hombre a esas dos tremendas fatalidades de la evolución cósmica: la muerte individual y la ruina del mundo... Si el símil no pecara de asaz vulgar y grosero, compararía yo de buena gana las criaturas humanas a los tábanos, siempre sobresaltados e inquietos sobre la piel del solípedo de que se alimentan. Compréndese que el insecto, incapaz de pensar, huye miedoso y aturdido de acá para allá, en vez de estudiar serenamente las leyes de la sensibilidad y de los reflejos musculares del huésped, al objeto de prever los coletazos; pero ¡que el hombre proceda del mismo modo...! Pues, como te decía (y vuelvo a la narración), mi fe, que no fue nunca la del carbonero, periclitó completamente al sorprender las singularidades, contradicciones y errores de los libros santos y al meditar sobre los ingeniosísimos, pero imposibles, esfuerzos de Santo Tomás para conciliar el dogma con los principios de la filosofía aristotélica y los fueros de la razón natural. Fuera de que mi patriotismo de celtíbero montaraz y cerril, atenido a los viejos amores de la raza, miraba de reojo a todas las religiones impuestas por pueblos exóticos, siempre pensé que si en materias filosóficas estamos condenados a errar perpetuamente, preferible es una mentira nacional a un error forastero, así venga aseverado y sublimado por la elocuencia de San Crisóstomo o el talento filosófico de San Agustín. Hallaba, además, rudas, primitivas y esencialmente materialistas la teodicea y la moral del pueblo judío. Por demás antipáticos e intolerables me parecían en esta raza su pretensión de ser la nación escogida de Dios, sus veleidades y apostasías, su desdén altanero hacia las demás naciones, su bárbaro aborrecimiento de la cultura egipcia y griega y, por encima de todo, su falta de ternura y de piedad... «¿Cómo es posible —me decía— que, durante la edad contemporánea de las florecientes y espirituales civilizaciones egipcia, judía y

griega, el adusto Jehová escogiese, como vehículo de su verbo y pedestal de su gloria, pueblo tan loco, furioso e inhumano?» ¡Y pensar que de semejante horda de neuróticos inadaptados hemos copiado servilmente los europeos (es decir, la raza aria, la intelectual por excelencia, la inventora de la lógica y de la crítica, la descubridora del planeta, la redentora generosa de todas las esclavitudes) los más groseros mitos y leyendas, erigiéndolos en norma de nuestra conducta, ideal de nuestro espíritu y consuelo de nuestro corazón!...

—Sorpréndenme tus palabras... Presumía que, a semejanza de todos los racionalistas, tú eras entusiasta de los judíos y admirador de su saber.

—Te equivocas de medio a medio. Yo pongo por encima de mi cabeza a los judíos ilustrados emancipados de la sinagoga, incorporados moral y materialmente a la patria en que viven: a los que colaboran en la gran empresa de domeñar las fuerzas naturales y escrutar los hondos secretos de la vida...; pero a los otros..., a esos que se consideran todavía raza superior y continúan esperando su Mesías vengador, y, hostiles a la sociedad de que forman parte, se someten a ella exclusivamente para ser sus gerentes y cajeros, sus orondos e inaprensivos burgueses..., a esos... téngolos por una lepra de las nacionalidades europeas.

—¿De modo que hallarías de perlas su antigua expulsión de los dominios españoles?

—Creo que si las avaricias, sordideces y egoísmos antipatrióticos de que se los acusaba fueron ciertos, prudente y acertada medida social fue su destierro; empero, se cometió un error inexcusable y de gravísimas consecuencias económicas al no haber promovido con tiempo entre los españoles de casta la afición al comercio y a las industrias, monopolizadas entonces por los israelitas, con que una nube de comerciantes, banqueros y de contrabandistas flamencos, genoveses y franceses cayó sobre la nación,

explotando nuestro necio orgullo de hidalgos manirroto y dejándonos sin blanca... Pues, según te contaba, mi estado de alma vino a ser inconciliable con la profesión sacerdotal. Repugnaron siempre a mi conciencia las ficciones, que solo la sinceridad hace perdurable y hasta simpático el extravío. En las tinieblas de la teología dogmática, donde cada predicado encierra una contradicción irremediable, mi razón alicortada se ahogaba. Sentía algo de esa opresión que debe de experimentar el pez acomodado a la luz y al oxígeno y que, por accidente, cae en las negras profundidades del mar sin poseer la salvadora fosforescencia de la fauna abisal ni el hábito de las grandes presiones. Para navegar sin peligro en aquel piélago tenebroso del dogma faltábanme el faro de la fe y la docilidad a los grandes empujes morales. Por lo cual, al finalizar el cuarto curso de Latín y de Filosofía, resolví valientemente ahorcar los hábitos de clérigo en cierne, y procedí a ello sin ruido, evitando polémicas enojosas y alardes de incredulidad rebelde y petulante. A todos oculté, pues, mi designio, despidiéndome con pena de aquellos camaradas tan buenos y cariñosos, así como de mis venerados profesores, quienes, llenos de ingenua bondad, veían quizá en mis aficiones filosóficas y aplicación celosa al futuro predicador y ardoroso catequista. Naturalmente, mis padres, llenos de enojo, condenaron enérgicamente mi resolución. En vano intenté convencerlos de que el médico, el ingeniero o el abogado, laboriosos y honrados, suelen ganar bastante más que un oscuro sacerdote de aldea y pueden ser, por tanto, más espléndidos y generosos con los suyos. Ni fue tampoco poderosa a aplacar el enojo paterno la sentida carta de mi antiguo preceptor y maestro, en donde se justificaba el cambio de orientación con mil razones persuasivas y se hacían felicísimos presagios para el futuro. Sin embargo, mi entereza, superior a las sugerencias del sentimiento, no se doblegó; antes bien, resuelto a no perder el tiempo en vanas disputas, al final de aquel verano incorporé al Instituto las asignaturas cursadas en el Seminario y, aprovechando la libertad de enseñanza, adquirí el diploma de bachiller. Entre tanto, ocurría en el lugar grave

contratiempo. El alcalde, árbitro del Ayuntamiento y generoso protector mío, falleció súbitamente, y el tacaño del cabildo, a pretexto de que yo era un rebotado y una mala cabeza, me suprimió la pensión. Pero mi rumbo estaba trazado. Provisto de una carta de recomendación del maestro y del dinero estrictamente preciso para el viaje, plantóme en la corte, decidido a cursar, como Dios quisiera, la carrera de Ciencias o de ingeniería. Y héteme, pues, en la Villa del Oso, dueño de mi persona y de unos treinta reales sobrados del camino. Por fin, no sin pena y sin lucha, había descartado para siempre todas las sugerencias que me esclavizaran a la familia y protectores. En adelante iba a ser lo que los ingleses llaman un *self made man*, un «hombre que se hace de sí mismo». Más como sea imposible tallar almas sin alimentar cuerpos, debí preocuparme inmediatamente la nutrición del mío. Perdido, a mi arribo, en el torbellino de la Puerta del Sol, contemplaba atónito aquel mar de gentes humanas indiferentes y trafagosas: el desierto de hombres que vio Descartes en Holanda. Para ellas, mi insignificante persona representaba algo así como un cuerpo inorgánico, especie de bloque errático caído en la corriente, del cual se apartaban con más despego que la honda, que ésta, al menos, lame y acaricia al guijarro. Al topar conmigo, mirábanme todos (si esto es mirar) con esa región periférica de la retina en que estampamos las imágenes fugitivas e indiferentes, las impresiones condenadas a eterno olvido. ¡Felices los que, al arribar al ansiado puerto, se sienten enfocados en la foseta central de la membrana visual en el augusto y luminoso pórtico de la atención y del amor!... Pero yo tenía derecho a menospreciar a aquellas gentes hoscas y bullidoras. Algunos quizá de los que esquivaban desdeñosos mi provinciano chaqué y mi sombrero de antigua hornada guardaban en su bolsillo las dos generosas pesetas que yo necesitaba para vegetar un día. Forzoso era, pues, ponerse en contacto con aquel oleaje humano, en donde bien podía haber, a despecho de la frialdad y calma aparentes, algún calor de humanidad y compasión. Excusado es decir que yo ansiaba trabajar, vivir la vida noble, la vida grande, la que

paga espléndidamente su ración con la ruidosa vibración de los músculos o el callado susurrar del pensamiento. Merecía, sin duda, protección y amparo, porque no llegaba al campo común del trabajo cual microbio parásito, sino como semilla humilde, traída por los azares del viento, y que imploraba de los miles de plantas humanas acaparadoras del suelo y de la luz un terroncito libre donde esponjar los cotiledones de su cuerpo y un portillo angosto para mirar al cielo y elevar la modesta flor de su alma... La carta de recomendación de mi mentor surtió algunos buenos efectos. El director del colegio de primera y segunda enseñanza a quien iba dirigida tenía por completo el cuadro de profesores y solo pudo proporcionarme un modestísimo puesto de acompañante de los externos de familias ricas y algunas lecciones particulares, que me produjeron estrictamente lo preciso para vivir. Menester fue buscar en otra parte el dinero necesario para costear matrículas y comprar libros de texto. A fuerza de explorar y preguntar, y después de pasar meses de verdadera angustia, topé, al fin, con un modesto industrial que necesitaba precisamente un tenedor de libros sin pretensiones. Ajustéme con él por el módico salario de ocho duros al mes, pero a condición de que el trabajo había de efectuarse por la noche, cuando yo hubiera satisfecho mis demás obligaciones. Viento en popa marcharon mis asuntos durante el segundo año. Aprobado y con premio el curso preparatorio, en los siguientes ahorré el dinero de las matrículas. Progresivamente aumentaron mis ingresos. Mi aplicación y docilidad hallaron gracia a los ojos del director del colegio, quien me confió una plaza de profesor interino de Física y Matemáticas, con veinticinco duros mensuales. Poco después ganaba, por oposición, en la Universidad, el modesto, pero utilísimo, puesto de ayudante de clases prácticas. ¿A qué seguir?... Baste saber que a los seis años de estancia en la corte acabé dos carreras, la de ingeniero y la de Ciencias, con excelentes notas, habiendo tenido la dicha de granjear la estimación de mis maestros, que se hacían lenguas de mi entusiasmo por la observación y de mi celo docente, nunca desmentido. Se me señalaba ya como uno de

los maestros de las futuras generaciones y como una legítima esperanza de la investigación científica. Yo debí seguir el rumbo marcado por mi vocación y mis aptitudes: estudiar y resolver, en la medida de mis fuerzas, los arduos problemas de la Mecánica, de la Física y de la Química, en sus relaciones con la industria, ese hada prestigiosa a que deben su riqueza y poderío todas las grandes naciones; mas, ¡ay!, los irresistibles atractivos de la vida social, el culto sensual a la mujer, enfermedad esencialmente española, desconocida casi de los fríos y laboriosos hombres del Norte, y la manía enciclopédica que esterilizó siempre el esfuerzo de nuestros más altos pensadores, dispersaron mi actividad, apartándome del sano, del útil, del regenerador camino de la producción científica e industrial. Luego que regularicé mi situación económica con un honroso puesto en el profesorado, fue mi primera preocupación completar mi cultura con el estudio de la filosofía moderna, y singularmente del positivismo inglés y evolucionismo científico. Tales lecturas fuéronme altamente provechosas, siquiera me distrajeran de mis habituales tareas, ya que refinaron y fortalecieron mis facultades críticas; lo malo estuvo en que me trajeron una convicción, y caí, según suele suceder, en la ridícula manera de inocularla a los demás, entablado al efecto apasionadas polémicas en revistas, círculos políticos y ateneos. A tales campañas de propaganda contribuyeron no poco ciertos amigos harto oficiosos que deploraban, o fingían deplorar, el que un expositor de mis alientos y dotado, además, de sobresalientes aptitudes oratorias (en sentir de ellos, naturalmente), vegetase oscurecido entre libros, redomas y chirimbolos de física. «Los sabios —me decían— deben descender al gran público y hacer obra de trascendencia social.» Yo tuve la debilidad de oírlos. Y en consecuencia, y, con motivo de la discusión de la famosa Memoria del Ateneo a que tú aludías, *Inanidad del positivismo y evolucionismo*, me declaré partidario acérrimo del positivismo crítico y evolucionismo spenceriano. Fortuna grande fuera para mí haber fracasado desde el primer discurso en aquellos

memorables debates tan comentados por la Prensa; mas contra todas mis presunciones y conveniencias, produjo impresión en el público y coseché (¿a qué negarlo?) algunas satisfacciones de amor propio. ¡A quién no embriagan los calificativos hiperbólicos del periodista amigo y los plácemes calurosos de la galería!

—Modestia aparte, debes reconocer que en aquella ocasión alcanzaste brillantes triunfos de expositor y de polemista. Tu dialéctica, dura y fría, como el acero, pero flexible y acomodada al estilo de cada impugnador, levantaba ronchas y túrdigas...

—¡Bah! Pese al pasajero aturdimiento de los aplausos y a los halagos de la amistad y de la coterie, el juicio sereno me desengañó bien pronto de la vanidad e infecundidad de aquellos vistosos torneos oratorios.

—¡También tú..., el formidable dialéctico!

—Sí...; yo he sido siempre un carácter formal y sincero, y si, como físico profesional, lamento la dispersión y el despilfarro de la energía cósmica, como hombre abomino también la dispersión e infecundidad de la energía intelectual. Verdad que por entonces abrigué la candorosa esperanza de persuadir a los irresolutos, de conmover y adoctrinar a los neutros y de hacer patente la vacuidad y la impotencia de los recalcitrantes; pero créeme: aun antes de finalizar la empeñada polémica, había perdido todas mis ilusiones de propagandista. ¿Por qué ocultarlo? La victoria real, la efectiva, la que se mide por las adhesiones conseguidas y pertinacias quebrantadas, había sido nula. Cuando el resumen presidencial cerró con llave de oro los debates, allí se estaban, altaneros y solemnes en sus sendos escaños, sin haber modificado un ápice sus respectivos credos, los oradores del centro, de la derecha y de la izquierda...

—Creo que tienes razón.

—Por primera vez hirió dolorosamente mi espíritu el triste fenómeno de la impenetrabilidad de las cabezas humanas a la verdad; entonces fue cuando caí en la cuenta de que la convicción, en tanto que fenómeno fisiológico, no es proceso dinámico modificable por los embates de la lógica científica, sino algo estático y orgánico, especie de construcción cerebral rígida y firme, erigida en la época juvenil y dotada de vías tan amplias y de rodajes tan robustos, que nada ni nadie puede conmover. A cuya fatalidad orgánica se juntan todavía, en contra de toda sugestión renovadora, los reparos y murallas que, en torno del sistema preconcebido, alzan, en estrecho consorcio, el interés y el sentimiento. Aquella atrevida frase de los anarquistas; «Dime cuánto dinero tienes y te diré las ideas que profesas», es, por desgracia, triste y profunda verdad. Por donde se ve que, a los fines de la vida práctica, lo útil, y en todo caso lo posible, no es transformar los hombres maduros, sino explotar y conocer sus reacciones intelectuales, afectivas y musculares, para evitarlas o aprovecharlas.

—Sin embargo, en aquella famosa controversia parecióme, y así lo creíamos los oradores de la derecha, que el público imparcial, señaladamente el de las tribunas, sintió los efectos de tan elocuentísimas razones.

—¡Quia!... Por ventura, ¿crees en la imparcialidad y neutralidad de los públicos? Querido Esperaindeo, siento arrebatarte esta ilusión. Solo hay un público educable y transformable...: el de la escuela. El noble y grave senado que puebla congresos y academias es una colección de cristales de caliza ha tiempo salidos del seno del agua madre, y cuyas aristas pueden romperse, pero no modelarse. Además, eso que llamamos el público constituye una mezcla muy heteróclita, donde entran elementos de muy diverso valor antropológico. Un somero análisis permite distinguir en ella los siguientes tipos psicológicos: Primero: el curioso, es decir, el que desea simplemente divertirse y solazarse oyendo las peregrinas cosas que se les ocurren a los

contendientes, particularmente cuando, llegado el hervor de la lucha, descienden al bajo terreno de las personalidades; este apreciable *dilettante* cifra su orgullo en conocer y tratar a los jefes de secta y pandilla, a quienes felicita con entusiasmo en los pasillos, de igual modo que en el teatro alardea de conocer y tutear a los cómicos y de frecuentar el *boudoir* de las artistas; por lo demás, incapaz de pensar: todas las opiniones le tienen sin cuidado. Segundo: el *sectario mudo*, que parece tolerante e imparcial, porque no habla ni comenta en los pasillos las frases de los oradores, pero que posee, en realidad, un credo filosófico o político anquilosado y defendido por triple barrera de preocupaciones; al acudir a las sesiones, su principal objeto consiste en regodearse y esponjarse al ver cómo sus vulgares y adocenadas ideas son defendidas y sustentadas por personas de talento y viso, lo que no puede menos de lisonjear el sentimiento de su amor propio. Tercero: el amigo oficioso y agradecido (acaso el ejemplar más conocido y abundante), a quien no quitan ciertamente el sueño las eternas disputas de sabios ni las quimeras de la filosofía, pero cuyas aspiraciones y medros le obligan a aplaudir al prócer en ciente, futuro dispensador del turrón oficial. Cuarto: en fin (y éste es el tipo más raro, como que falta casi siempre en los auditorios solemnes de ateneos y círculos), el pensador indeciso, que, estimulado por el amor a la verdad, asiste a las discusiones doctrinales en busca de razones que inclinen definitivamente la balanza del juicio; acaso vive en la luna de miel del catecúmeno y demanda a los paladines de su bando aliento y amparo para su fe, por nueva, harto quebradiza y medrosa. He aquí, amigo Esperaindeo, la pobre cosecha a que puede aspirar el sincero polemista... Convendrás conmigo en que no es tarea muy gloriosa persuadir a persuadidos, evangelizar a oscuros solitarios, cuyas creencias tradicionales se deshicieron por el lento socavar del autodidactismo y la piqueta demoledora del espíritu crítico. Aunque padezca nuestra vanidad de oradores verbosos y ocurrentes, fuerza es confesar que en los asuntos filosóficos, religiosos y políticos, y cuando se trata de públicos maduros, el tan celebrado triunfo de los

expositores grandilocuentes se reduce no más a sustituir en el ánimo de poquísimos y preparados oyentes el pálido fulgor de la sospecha, de la indecisa y vaga conjetura, con la antorcha purificada y luminosa de la convicción. Otro de los motivos que más contribuyeron a hastiarme de las infecundas lides de la palabra fue la habitual e irremediable sinceridad de los peroradores de oficio. Contra lo que yo suponía, el orador suele ser, no el pensador ni el científico, sino el abogado. En sus labios, dioses y alma, materia y fuerza, evolución y regresión, error y verdad, representan pleitos que hay que ganar a todo trance. Únicamente a infelices doctrinos como nosotros podía ocurrírse nos contender de buena fe e indignarnos de verdad con tan aprovechados vividores. Ilinsigne bobería enronquecer y congestionarse a fuerza de apostrofes y de gritos, cuando notorio era que los jefes de escuela representaban ridícula comedia! Porque en aquella parodia de concilio definidor, los cucos y desenfadados, que eran los más, jamás se propusieron otra cosa que lucir ingenio y facundia, solicitando de paso de los padres graves de la política, que se dignaban sonreír a la juventud desde los escaños, codiciada diputación a Cortes o pingüe sinecura.

—Efectivamente: más la docta casa en el pecado llevó la penitencia. Precisamente por el exceso mismo de exhibición y de pose ningún partido político recluta hoy sus oradores en el Ateneo...

—Tengo para mí que el aludido mal no aqueja solamente a las corporaciones literarias y políticas: es más hondo y general. A despecho de siglos de cultura refinada, el hombre, y señaladamente el intelectual moderno, conserva todavía la cerril psicología del ancestral mamífero de presa, sintiendo añoranza de cazador salvaje, por instinto enemigo del trabajo acompasado y rudo. Advierte, si no, cómo en casi todos los actos de la vida social el cazador intelectual procura antes que inquirir la verdad y proclamarla de buena fe, afirmar y ostentar su personalidad, anunciando de paso, con pavoneo y

arrumacos retóricos, al público pagano que cuente para lo sucesivo con un parásito más, inofensivo y agradable si se le mantiene bien, patógeno y disolvente si se le desdeña o se le obliga a las fatigas y prosaísmos de la labor intensa y cotidiana.

—Yo de mí sé decir, después de abundar en tus juicios, que nada me sacaba de quicio en las discusiones doctrinales como ese perpetuo escamoteo de la cuestión y esa especie de toreo académico consistente en desviar hábilmente al auditorio de los flacos de la argumentación con el trapo rojo de la retórica sentimental.

—Tan socorrida táctica, indispensable a los mantenedores de tesis falsas, recuerda la ridícula prueba de los llamados lances de honor. «No estoy seguro —le dice el marido ultrajado al Don Juan burlador— de que hayas rendido la virtud de mi mujer, pero hay un medio de resolver las dudas y zanjar la cuestión, y es probar delante de cuatro imbéciles que soy tan bravo como tú y tan capaz de morir en despoblado de hemorragia o parálisis como el más salvaje de los hombres.» De igual manera el orador grandilocuente, desarmado por el toro de la lógica, parece decir: «Ignoro si los hechos en que se funda la teoría tal o cual son verdaderos o falsos; mas cuento con un recurso expedito para disipar mi incertidumbre y la del público, y es demostrar que soy muy elocuente, que manejo lindamente la cuerda sentimental y que sé de memoria muchas bellas frases absolutamente extrañas a la cuestión, pero que pueden llevarme cualquier día a los rojos escaños del Congreso o a una socorrida subsecretaría.» Mas, enhebrado el hilo tantas veces roto de mi historia, seguiré contando que un año después del desencanto oratorio, mi atención, de suyo inquieta y tornadiza, fue atraída vivamente por algo más serio y digno que metáforas y sinécdoques; refiérome al espectáculo del dolor y de la miseria de las clases desheredadas. Al hojear febril y conmovido los elocuentes libros de los apóstoles de la justicia social, de Marx, Lassalle,

Kropotkin, Bakunin, Reclus, Grave, etcétera, mi espíritu sufrió recia sacudida moral solamente comparable con la recibida años antes durante mis lecturas del Seminario. En las contradicciones de la filosofía había sorprendido la pobreza de la mente humana, condenada a perderse entre nubes; en las briosas y ardientes reivindicaciones de los oprimidos, impresionáronme la sequedad y egoísmo invencibles del corazón de los poderosos. Y con profunda pena advertí que, de igual manera que dos mil años de libre meditación filosófica no fueron parte a librarnos de la tiranía de los ingenuos mitos religiosos, varios siglos de régimen político liberal y de estudios sociológicos serios no han sido poderosos a redimirnos de la injusticia. Por vez primera mi razón, embotada por la costumbre, sorprendió, a través de la decorosa apariencia de una organización democrática y altruista, las crueldades e insidias del barbarismo ancestral, del individualismo cerril y anárquico, en cuya virtud cada voluntad pugna por satisfacer egoísticamente sus apetitos más innobles, sin miramiento alguno con los débiles desvalidos, sin distraerse un momento para conspirar por la armonía y felicidad del conjunto. Más que células de un organismo superior, el fuerte y el rico representan microbios del cuerpo social, parásitos harto más onerosos que los descritos por la zoología, porque al fin éstos, al objeto de ahorrar molestias excesivas al huésped, sacrifican por atrofia algunos órganos inútiles (aparatos de reptación, de masticación, de protección, etcétera), mientras que la tenia humana no prescinde de ninguno y con todos se agarra y devora... No voy a referirte menudamente esta parte de mi vida, pues la conoces tan bien como yo. Recordarás que de entonces datan mis propagandas socialistas en mítines y sociedades obreras, así como mis campañas políticas y anti-individualistas en la Prensa. Ni habrás echado en olvido que a raíz de grandes reveses y desdichas nacionales fundé un periódico regenerador. Pero como nadie quería regenerarse, entre otras razones porque todos medían su salud moral por su prosperidad económica o su indiferencia patriótica, mi pobre diario murió, no sin concitar las iras de los doctrinarios

liberales, que no podían perdonarme los duros y sañudos ataques enderezados al individualismo. En su procacidad y apasionamiento, llegó algún insolente hasta decir que yo no trataba sino de regenerar mi bolsillo... ¡Me había equivocado una vez más!... No se levanta quien halla placer en arrastrarse. Y el más grave signo de decadencia de un pueblo no está en sus derrotas, sino en la placidez y candor con que la mayoría de sus estadistas toman pústulas por lunares, blandos linfatismos por musculares turgencias... De todos modos, mis vehemencias y desapoderamientos de entonces no podían acabar en bien. Según, recordarás, la excesiva irritabilidad de las autoridades y los enérgicos comentarios de mi periódico con ocasión de la cruel represión de una huelga dieron con mi cuerpo en la cárcel, donde me hubiera podrido si tus buenos oficios y la generosidad de un ministro no hubieran venido en mi socorro.

—Por cierto que llamó mucho entonces la atención el que los próceres liberales de la Universidad, amigos tuyos al parecer, permanecieran en la más absoluta pasividad, dejándote en las astas del toro, como suele decirse.

—No te asombres... Nunca fui persona grata en determinados cenáculos donde se cultivan la libertad de pensamiento... de los maestros. Venero y pongo encima de mi cabeza a los sabios varones de cierta institución, los cuales, en tiempos de oscurantismo, se entregaron a la libre especulación filosófica, y, siquiera comulgaran en una doctrina fantástica, síntesis prematura y falsa, tuvieron el raro mérito de hermanar estrechamente el espíritu crítico con la rectitud y elevación moral; pero estos tales constituían al fin una escuela, y la escuela, al par de toda cosa organizada y viva, solo ama a sus hijos. Y yo tuve la desgracia de formarme lejos de sus enseñanzas, llegando a la vida de las ideas cuando ya el flamante sistema apriorístico caía en delicuescencia. Además, tanto los insignes pedagogos de la aludida cofradía como los abanderados de la democracia militante, profesaban un individualismo absoluto, cerrado y dogmático, y no podían

mirar con buenos ojos mis protestas, quizá harto vehementes y apasionadas, contra las exageraciones del principio democrático; exageraciones, en mi sentir, conducentes al predominio del clericalismo.

—En efecto: mal rumbo tomaste para congraciarte con los flamantes y autoritarios definidores de la democracia española, quienes, por espíritu de imitación, o acaso por las amargas enseñanzas del destierro, escogieron siempre por modelo político-económico a la individualista Inglaterra. Justamente, cuando apareciste arrogante en la palestra, los librecambistas y autonomistas del Ateneo comentaban y rumiaban con delectación los especiosos y bien trabados argumentos del libro de Desmoulins, escritor que, cegado por el odio a Alemania (minada, en su opinión por el funcionarismo y socialismo), atribuye resuelta y exclusivamente al carácter acentuadamente individualista y particularista de la raza anglosajona los triunfos y prosperidades de la orgullosa Albión.

—He aquí, amigo mío, un libro que parece escrito ex profeso para distraer a franceses y españoles del atento examen de los positivos términos del problema. Nadie negará ciertamente que la educación encaminada a forjar personalidades fuertes, omnilaterales y capaces de enérgicas iniciativas, constituye importante factor de la superioridad de las razas del Norte; pero sería pagarse demasiado de sencillas fórmulas menospreciar o desconocer otras harto más decisivas condiciones eficientes, entre las cuales no vacilo en señalar el solidarismo nacional; esto es, el culto fanático a la colmena, sentimiento conservador y eminentemente organizante, por desdicha nuestra débil y oscilante en los anárquicos, inconstantes y vocingleros países latinos. Cosa excelente es desenvolver, merced a una cultura integral y supra intensiva, la personalidad humana en todas las posibles direcciones para que, bastándose a sí misma, pueda emanciparse de la tutela moral y económica del Estado; pero si el gigante Briareo de los cincuenta brazos

no consagra unos cuantos de éstos al servicio y defensa de la patria; si no siente hacia la persona colectiva la misma intensa afección que se rinde a sí mismo, la raza de titanes sabios será siempre vergonzosamente arrollada por las legiones de pigmeos solidarios o de bárbaros heroicos, como le ocurrió a la individualista, escéptica y refinada Grecia al chocar con el patriotismo romano, y cual en recentísimos tiempos, ha estado a punto de acontecerle a la mismísima Inglaterra, a la culta, patriótica y liberal Albión, durante su contienda con el semibárbaro, pero formidable, heroico y sinérgico pueblo bóer. Llena está la Historia de ejemplos semejantes.

—¿De modo que, en tu opinión, la supremacía intelectual y política de la raza anglosajona se debe preferentemente al culto ferviente del solidarismo, figurando todos los demás resortes antropológicos y geográficos muy en segundo término?

—Cabal. ¿Qué sería actualmente de Inglaterra sin el esfuerzo y la abnegación de sus insignes guerreros, navegantes y sabios? El triunfo glorioso de Nelson y Wellington contra Napoleón, ¿se debió al individualismo o al patriotismo? Quizá no existe pueblo más individualista, más particularista, más cabilista que el nuestro, y ya ves el pelo que nos luce. En la mecánica social, como en la mecánica física, el trabajo útil representa el efecto, no de las fuerzas dispersas, sino de la energía encauzada y dirigida hacia un fin previsto.

—Si ello es así (y tus razones son irrefutables), ¿a qué causas obedece el funcionarismo o la empleomanía, enfermedad incurable de los pueblos mediterráneos?

—Por lo que hace al funcionarismo, opino que no se relaciona directamente con la tendencia socialista e individualista de las razas, sino que representa sencillamente la triste consecuencia de la miseria nacional y el fruto amargo de la ineducación y de la incultura. Se me argüirá quizá que la hipertrofia física y mental del ciudadano conduce

necesariamente al culto del rebaño y al civismo heroico y desinteresado. Natural parece que la mayor potencia productora del individuo determine superior capacidad tributaria; mas ¿traerá necesariamente esta prosperidad económica la aptitud para el sacrificio personal? En un pueblo donde la vida sea hartamente fácil y agradable, ¿no se engendrará la pusilanimidad y la poltronería, amén de la indiferencia política? Quien pueda prescindir del Estado, ¿se sacrificará por el Estado? ¿Sabrán morir los que tan bien aprendieron a vivir?... He aquí el arduo problema de la educación, que no consiste únicamente en fabricar grandes productores, sino productores patrióticos. Por seguro tengo que si contemporáneamente con el cultivo intenso del animal humano no acertamos a infundir en éste un vivo sentimiento de afección hacia el terruño y patrimonio intelectual y moral de la raza; si con la libre expansión de sus actividades no sugerimos a la juventud, por sabio y prudente contrapeso, la religión del deber y de la disciplina..., algo, en fin, de ese sentimiento comunista tan antipático a nuestros demócratas, obtendremos quizá copiosa cosecha de eruditos, de *dilettanti* de la política y de la ciencia, de orondos y salutíferos burgueses, pero nada parecido a un cuerpo social robusto y sinérgico, susceptible de reaccionar viril y triunfalmente contra todo linaje de agresiones exteriores. En conclusión: la grandeza y esplendor de un pueblo representan la síntesis augusta de las abnegaciones, y heroísmos individuales, el sublime florecimiento de una planta tan delicada y exigente que solo prospera regada con la sangre de los héroes e iluminada con el cerebro de los sabios. Las patrias prepotentes surgen y culminan en la Historia como del fondo del mar emergen las islas de coral, coronando robusto pedestal labrado secularmente por innumerables y abnegadas existencias.

—Tus reflexiones me sugieren la explicación de un fenómeno que jamás acerté a comprender satisfactoriamente: la poca fortuna de nuestros sabios y pensadores en el campo de la investigación personal. Saben pensar, pero se fatigan pronto,

porque les falta, sin duda, el alimento dinámico de las santas obstinaciones; a saber: anhelo de gloria y amor a la patria.

Porque presumo (y a tu experiencia apelo) que en lo tocante a las dotes del espíritu nuestros maestros compiten ventajosamente con los más eximios sabios europeos.

—Y presumes bien, y te lo fía quien, por razón de oficio, ha tenido ocasión de tratar íntimamente a no pocas lumbreras de la ciencia internacional. Sabe, caro amigo, que los intelectuales españoles son tan listos, ¿qué digo?, mucho más listos que sus cofrades ultrapirenaicos, y aun me adelantaría a decirte, si no temiera abusar de tu credulidad, que, por pasarse de perspicaces y de prácticos, recogen escasos laureles en el jardín de la investigación. Mis estudios sobre la psicología de los sabios me han persuadido de que para consagrar la existencia a una idea grande y triunfar en las lides de la civilización es menester ser lo bastante avisado y hábil para olfatear el hecho nuevo e inducir su ley, y lo suficientemente ingenuo y candoroso para sacrificar la existencia persiguiendo cosas tan vanas y quiméricas como el humo de la gloria y la gratitud de los hombres. Esa mezcla singular de idealismo y de candor infantil, de sagacidad y de vanidad, propia del conquistador científico de casta, es casi desconocida entre nuestros profesores, que (y dispensa lo crudo del diagnóstico) o se pasan de largos o se pasan de bobos.

—Estimo que nos perjudica también la sobra de imaginación.

—Creo más bien que somos demasiado equilibrados y prudentes para que la loca de la casa haga de las suyas. Y suponiendo que superemos a los extranjeros en imaginación (cosa harto improbable, dado que las más grandes creaciones de la literatura y de la filosofía constituyen entre nosotros artículos de imposición), no nos daña el exceso de tal facultad, sino el mal uso que de ella hacemos, utilizándola en urdir frases pomposas en vez de emplearla en forjar hipótesis fecundas. Tan necesaria es a los sabios, que con

razón se ha repetido hasta la pesadez que en el campo de la Naturaleza solo se encuentra lo que se busca, y lo buscado representa casi siempre una visión anticipada de la verdad, una luminosa imagen de la imaginación constructiva a que los hechos acaban por ajustarse. Ni el culto a la belleza empuja a la religión de la verdad. El sabio, como la alondra, debe saber volar y cantar... Sí; volar muy alto y muy lejos para descubrir los nuevos horizontes. Por desgracia, el talento español recuerda demasiado al faisán, ave de porte gallardo, de corto y fatigoso vuelo... Pero, arrastrado por el automatismo de la asociación de ideas, me he desviado del camino y debo volver a él.

—De lo que me considero principal responsable, pues he interrumpido tu relato con inoportunas y enfadosas interrogaciones. Perdona mi indiscreta curiosidad... y prosigue.

—Pues, según te decía, con ser mi programa socialista asaz mitigado, inofensivo y parsimonioso, me procuró la enemiga de las escuelas liberales turnantes en el Poder. Mi última y más reñida campaña (que debes tener presente, porque te dio ocasión para romper gallardamente una lanza en defensa de la Iglesia) versó sobre la libertad de enseñanza.

—Sí: ya caigo... Aquel artículo tuyo tan acerbamente comentado por la Prensa rotativa.

—Y, sin embargo, persisto en creer que me asistía la razón, por lo menos desde el punto de vista de la defensa del Estado liberal. Afirmaba yo que, dentro del régimen democrático, todas las libertades son sagradas menos una: la de negar la libertad; todos los actos colectivos legítimos, menos éste: el suicidio de la clase directriz. Sabido es que la colectividad social, al modo de los individuos, encierra dos personalidades: la actual, dotada de derechos y deberes, y la potencial, es decir, la persona futura que solo tiene derechos. Lo que, hablando en romance, quiere expresar que la nación, encamada en la clase soberana, debe garantizar con igual esmero y pulcritud los privilegios de los ciudadanos

contemporáneos que los privilegios de los ciudadanos del futuro, en cuyo nombre ejerce piadosa e inalienable tutoría. Ahora bien (discurría yo): el deber más sagrado hacia toda criatura en curso de evolución es el respeto a la evolución misma, la plena seguridad de que el cerebro y las energías mentales del niño no serán sometidos durante el proceso ontogénito a la perturbadora sugestión del dogmatismo, y podrán, por ende, alcanzar libremente el máximo de eficacia crítica y de potencia productiva. ¿Se logra este resultado pedagógico entregando la educación de la raza a una sola parcialidad política, precisamente a la que, alardeando de poseer la verdad, niega el derecho del libre examen e impone norma invariable a la facultad de pensar? ¿Dónde está el perro que abandona al lobo sus cachorros?

—Sin embargo, querido Jaime, te confieso que en aquella discusión parecióme que la verdad estaba de parte de tus impugnadores. Tu argumentación hubiera sido impecable, a mi juicio, si los instintos religiosos se arrogasen el privilegio exclusivo de educar y adoctrinar a la juventud; pero ¿acaso no queda el campo libre a la concurrencia laica? ¿Quién puede estorbar a la iniciativa privada la creación de instituciones de enseñanza regidas por seculares o por preceptores católico-liberales? A la verdad, si, conforme se afirma, católica es la inmensa mayoría de los padres de familia, no se me alcanza cómo pueda evitarse, sin caer en los excesos y violencias de un jacobinismo contrario a los principios democráticos, el que aquellos confíen la educación de sus hijos a las corporaciones religiosas.

—Así justamente discurren, en harto significativo consorcio, demócratas y clericales. Mas, si hemos de entendernos alguna vez en materias de libertad de enseñanza, disipemos antes un equívoco. Por de contado en España, pese a las alharacas y pretensiones de los que hablan constantemente de conciencia nacional cristiana y de clases neutrales conservadoras, la opinión liberal es la dominante. Mas vengamos a cuentas: los partidos liberales reunidos

aventajan notablemente a los reaccionarios de todos los matices; pero no suman en junto la poderosa hueste que para fines meramente educativos y de acción social pueden, en un momento dado, juntar el tradicionalismo y el clero, aliados con la mujer, que, por causas sobrado conocidas, representa una gran fuerza clerical. Abdicación bochornosa sería en los gobiernos liberales permanecer indiferentes ante esa peligrosa liga moral, cuya finalidad, harto visible, consiste en preparar generaciones ciegamente entregadas al culto del pasado y hostiles a las modernas libertades. Al inapreciable socorro de nuestras caras mitades (cuyo imperio espiritual sería plausible si por deficiencias de la educación no estuviera la mujer dos siglos rezagada respecto del hombre) añade la enseñanza confesional ventajas de orden económico que imposibilitan la competencia de las escuelas oficiales y que traen su origen tanto en las facilidades y privilegios de la vida conventual como en la inagotable generosidad del bello sexo hacia las instituciones religiosas. Desengañémonos: mientras la esposa continúe siendo embajador del cura en el seno de la familia; mientras el clero regular no viva sujeto a los mismos sacrificios morales y necesidades materiales que el resto de la nación; en fin: mientras no se ponga coto a la libertad absoluta de testar de viudas y solteronas enloquecidas con el terror del purgatorio, los partidos liberales y democráticos cometerán la más insigne de las torpezas mostrándose generosos y débiles con la alianza femenino-clerical y consintiendo que dirijan y eduquen a la juventud parcialidades políticas desprovistas de fuerza y de opinión para gobernar y civilizar. Los ingenuos demócratas, detenidos en tan magnas cuestiones por escrúpulos de monja, deben tener presente que hay algo por encima de todos los principios y de todas las leyes, y en cuyo nombre es lícita hasta la tiranía; a saber; el interés y prosperidad del Estado y el fomento y esplendor intelectual de la raza.

Ocioso es decir que mis campañas políticas resultaron tan infecundas y baldías como las filosóficas. Empresa titánica es combatir preocupaciones y desimantar cabezas

obstinadamente orientadas hacia una estrella ha tiempo eclipsada en el cielo de la razón, pero a cuyo influjo se forjaron grandes intereses y se crearon poderosísimas instituciones. Arrojado de sus últimos baluartes, mi candoroso redentorismo acabó por persuadirme (ya era hora) de que este bajo mundo, apenas preparado para la filosofía, no está maduro para la justicia, y de que, a despecho de las más elocuentes y generosas propagandas, réstannos todavía unos cuantos siglos de egoísta individualismo y de parasitismo a todo trapo. ¿Qué vale la acción de un hombre, por grandes que sean su abnegación y poder, para transformar la psicología colectiva? Fuerza era, pues, si no quería esterilizar por completo mi vida, cambiar resueltamente de rumbo. Aún era tiempo: tenía la acometividad de los veintisiete años y agujiábanme, con el ansia de la gloria, ganas furiosas de edificar algo serio, definitivo, capaz de desafiar los ultrajes del tiempo y los vaivenes del gusto y de la moda. Claro es que tan ambiciosos anhelos solo en la ciencia podían hallar plena satisfacción. Y a la tarea científica me di con la paciencia del benedictino y la entereza y ardor de los héroes de la voluntad. Poseía, según te conté, algunas disposiciones para el cultivo de la Física experimental, cuyas verdades me encantaban, tanto por la precisión y luminosidad de su forma matemática cuanto por sus admirables y fecundas aplicaciones al aumento, comodidad y espiritualización de la vida. Además, fatigado y hastiado de las interminables controversias a que, por ley indeclinable, están sujetas las verdades del orden moral y sociológico, me subyugaba la idea de trabajar en un terreno neutral, donde las conquistas del espíritu (si yo tenía la suerte de triunfar) fueran obligativamente aceptadas hasta por las indoctas muchedumbres. ¿Quién discute el teléfono, el análisis especial, la dínamo o locomotora, ni regatea a sus ilustres descubridores el tributo de la admiración? Por dicha suya, ni el físico ni el químico necesitan apelar, a diferencia del filósofo o del artista, al juicio, no siempre sereno y justo, de la posteridad; solo para aquéllos se digna Apolo agujiar sus raudos corceles, coronando al feliz triunfador antes que el

frío de la senectud y el pavor de la cercana muerte aparten de los sedientos labios la áurea copa de la fama... En fin: tras dos años de íntimo recogimiento mental y de obstinada labor de laboratorio tuve la inefable dicha de sorprender en el inagotable dominio de la electricidad y de la radiología algunos hechos nuevos, susceptibles de importantes aplicaciones industriales. Satisfecho quedé del ensayo de los aparatos construidos en pequeña escala, pues comprobaron plenamente la exactitud de mis previsiones. Más tales ensayos agotaron pronto los recursos de un modesto profesor atendido a la ruin nómina oficial.

Vime, pues, obligado a solicitar apoyo del Gobierno para construir, en grande y definitivamente, mis máquinas eléctricas y radiográficas; mas, según suele ocurrir en tales demandas, solo conseguí enredarme en las mallas de inacabable expedienteo y perder vanamente el tiempo y la paciencia. Ni fueron poderosos a procurarme la subvención oficial el dictamen lisonjero de cierta docta Academia ni el voto de calidad de un ilustre ingeniero. A la indiferencia ministerial y morosidad administrativa contribuyó quizá el recuerdo de mis inhábiles campañas socialistas, sin contar con que en España el patriotismo y la generosidad fueron siempre esencialmente guerreros. Para que las bolsas se aflojen y los corazones se enardezcan hay que inventar máquinas mortíferas capaces de volar una ciudad o de echar a pique un acorazado, y, por desdicha, mis pobres artefactos, provechosos sin duda a la industria de la transmisión y transformación de la energía, no brindaban por el momento sensacionales aplicaciones al arte de matar en grande... Marchitas mis esperanzas y agotadas mis economías, me vi obligado a emigrar al extranjero en busca de calor y amparo para mis proyectos. Y después de devorar no pocos desaires y amarguras por mi calidad de español (todos me calificaban *a priori* de iluso), fijé últimamente mi residencia en París, cuya célebre Academia de Ciencias estudió y acogió de buen grado mis invenciones.

Al fin llegó mi Domingo de Ramos. Alentado con el exequátur académico y ayudado en mis planes por una mujer de corazón, hoy mi esposa, di cima a la empresa de construir los modelos definitivos y de patentizar a todo el mundo su originalidad y utilidad. Pronto dispuse del dinero necesario para convertir las fantasías de mi espíritu en criaturas industriales robustas, prolíferas, pregonadoras de la laboriosidad y de la honradez intelectual de su creador. Y levanté extensa fábrica, instalando en ella potentísimos motores y bien provistos talleres. Y lancé al mercado internacional nuevos tipos de dínamos, acumuladores, contadores, generadores de radiactividad, etcétera, los cuales recorren hoy triunfalmente el mundo pregonando el crédito de la casa y rindiendo pingües ganancias. Lejos de amainar, crecen de día en día la importancia y prosperidad de mis negocios. Triplicada la capacidad de la antigua fábrica, se extienden ahora, en torno de mi laboratorio, multitud de blancas casitas, donde habita rumorosa y alegre población obrera, que se alimenta de las ideas de mi inteligencia como el bosque de las radiaciones del sol. Y soy feliz, porque he realizado el sueño dorado de mi vida, que consistía en pulir y decorar con personal estilo, en ese poliedro de infinito número de caras que se llama mundo del saber, una faceta minúscula donde la posteridad agradecida inscriba mi modesto epitafio.

—¡Admirable, amigo Jaime!... Me dejas atónito... Bien es verdad que yo jamás puse en duda la perspicacia y elevación de tu talento. Hay algo, sin embargo, en tus excelsas victorias que entristece mi corazón de español, y no sería leal ni franco contigo disimulándolo... Me da pena pensar que para hallar justicia a tus méritos y pedestal a tu gloria te hayas visto obligado a dejar tu país. Dime: en el dorado destierro en que vives, ¿perdiste acaso el amor de la patria?

—Eso nunca... A pesar de mi larga permanencia en Francia, jamás pasó por mi ánimo la idea de renunciar a la nacionalidad española. Además, ¿qué son mis modestas

invenciones sino el fruto de sincero y ardiente patriotismo? Sacrifiquen otros en el altar del *alma mater* las víctimas de la guerra y del odio internacional; entonen en su loor los poetas himnos altisonantes y declamatorios; yo tengo por mejor ofrecerla con mis creaciones científicas, y, a guisa de místico incienso, mi propio cerebro, fatigado y vibrante del intenso pensar y consumido y abrasado del energético querer... Ni pienses que el voluntario destierro en que me hallo ha mitigado un punto mis sentimientos de acendrado españolismo; que a los ojos nostálgicos del hijo ausente la adorada imagen de la patria, en vez de achicarse con el alejamiento, se engrandece y hermosea, al modo de esas mediocres montañas que, miradas de lejos, yerguen gallardas sus cimas y con los matices del cielo se engalanan.

—¡Bravo, querido Jaime!... Me enardecen y confortan tus elocuentes acentos, que suenan en mi oído como las notas vibrantes de la jota o las estrofas de la inolvidable marcha de Cádiz. Oportunísimos llegan a mi alma, donde tantas cosas, hasta las más santas, se han derrumbado a impulsos del infortunio. Hace poco, ven momentos de dulce expansión, muy agradecidos por mí, has hablado del ansia de sobrevivirte..., del ferviente anhelo de dejar en la posteridad una estela luminosa. Y en virtud de inevitable asociación de ideas, tu generoso arranque me ha producido un sentimiento de penetrante melancolía...

Y Esperaindeo, después de breve pausa, acusadora de la indecisión que reinaba en su ánimo, continuó:

—Bulle en mi mente un pensamiento molesto que no debo manifestarte porque cometería con ello grave irreverencia y hasta manifiesta indiscreción.

—Habla sin miramientos...; yo te satisfaré en cuanto mis fuerzas alcancen.

—Pues bien: alentado con tu venia, me atrevo a exponerte esta duda. Dime: ¿cómo aciertas a conciliar tan elevadas

aspiraciones a la gloria con tu creencia irrevocable en la muerte y en el aniquilamiento fatal del mundo y de la vida?

—¿Y qué dirías si yo te confesara, lleno de rubor intelectual, que, amén del sentimiento patriótico, la triste convicción de que no existe vida de ultratumba ha contribuido poderosamente a mis éxitos científicos e industriales? ¿Cómo juzgarías de mi intelecto si te hiciera la confidencia de que durante los desfallecimientos del laboratorio cobré a menudo alientos con este anodino cordial: «Si mi alma está condenada a morir, sálvense al menos sus ideas; trabajemos, pues, para crear algo vivo y perdurable, algún concepto germen que, a semejanza de la llama de la vida, salte de generación en generación, nutriéndose y creciendo incesantemente a expensas del humano cerebro»?

—Confieso no comprender qué especie de grata sensación puede provocar en una vacía calavera el eco de los aplausos póstumos.

—Hijo mío, estamos en presencia de una de tantas paradojas y contradicciones de la vida: el instinto, imponiéndonos el deseo de perdurar, y la razón, contradiciendo tan locas ilusiones. Guardémonos, empero, de analizar tales impulsos, que al par de otros muchos no menos absurdos, apuntan antes a la utilidad de la especie que a la prosperidad del individuo, y limitémonos a sentirlos y cultivarlos, pues solo obrando así será nuestra labor provechosa a la Humanidad y alcanzaremos en este bajo mundo toda la felicidad compatible con el conocimiento de la verdad. Y por si la posteridad nos olvida, apresurémonos a conquistar el presente. Bien será, pues, empuñar la mancuera en plena juventud antes que el frío de los años modere el vigor y apague los entusiasmos. Lo importante es hacer más fácil y agradable la vida de los hombres, conquistar un rincón en las almas y en los libros, donde gozosas aleteen nuestras ideas; emerger, en fin, la masa anónima del pobre rebaño donde se cuenta por millones para ingresar, por derecho propio, en la brillante legión en que se cuenta por unidades. Ardua es la

labor, grandes los contratiempos y sinsabores de la lucha; pero ¡cuán hermosa y halagadora la victoria! ¡Qué alborozo sentirnos por primera vez enfocados desde abajo por miles de ojos curiosos y acariciadores!... Y luego se eslabonan otras mil satisfacciones, resultantes de la trascendencia científica y social de la obra, de la gratitud de la miseria redimida, del soberano orgullo de pensar que, al venir al mundo, no hemos fatigado en vano la fragua de la Naturaleza...

—Sigue: no te interrumpas, por Dios; tus entusiasmos son para mí la mejor de las medicinas.

—¡Si vieras qué sumo deleite es transformar al conjuro del ingenio un puro y abstracto pensamiento en vivero de Humanidad hirviente, en archipiélago espiritual donde desborda la vida y sonrío el bienestar! ¡Ah, cuán poco podría importar a las naciones desgraciadas la pérdida de sus colonias si sus hijos, ardiendo en santo patrimonio, se esforzaran en ensanchar la geografía moral de la raza con estas radiantes islas de la inteligencia, santificadas por el trabajo y la paz, por igual inaccesibles a la defección y a la conquista!... Pero basta de enfadosos y trasnochados lirismos. He terminado, mi querido amigo, la pesada narración. En ella he intentado reflejar mi vida como en claro espejo. Tú decidirás si te conviene ajustarte al modelo o si prefieres errar por los infecundos páramos de la teología o de la política.

—Echada está la suerte. Tus sanas y vivificantes exhortaciones acaban de transformarme en otro hombre. Renuncio en absoluto a la vida parásita, a la humillante y vergonzosa protección de mi mujer. Estoy a tus órdenes.

—Pues acepta desde ahora un puesto de secretario particular con diez mil francos. Por algo se empieza...

Y el buen Esperaindeo, en un arranque de viva gratitud, se abalanzó hacia Jaime y exclamó, mientras le abrazaba tierna y efusivamente:

—¡Eres todo un amigo..., un alma antigua!... ¡Plegue a Dios pueda corresponder algún día dignamente a tu generosidad!...

—¡Deja! ¡No vale la pena!... Yo hubiera preferido confiarte la plaza de administrador gerente, cargo harto más importante y lucrativo, pero lo desempeña cierta persona a quien, fuera de la vida, debo cuanto soy. ¿Adivinas?

—¿Tu incomparable maestro?

—El mismo: don Enrique Fernández. El cual, no obstante su ancianidad y repugnancia a dejar la querida tierra, consintió, al fin, en trocar sus diez mil reales mal contados de profesor normal por los veinte mil francos que yo le doy. No hago sino satisfacer una deuda sagrada, fuera de que el concurso de hombre de tal valía en la dirección del complicado mecanismo de la fábrica me es singularmente provechoso.

—Con tan acertada designación revelas tan buen corazón como sentido práctico.

—Mi querido Esperaindeo..., las horas han pasado suavemente durante nuestro agradable coloquio... Es ya muy tarde. Pongámonos en marcha hacia la fábrica. No está lejos...: veinte minutos de ómnibus, que tomaremos aquí a la vuelta, en la plaza de la Bolsa, y un cuarto de hora de ferrocarril metropolitano. A nuestra llegada te presentaré a mi familia, conocerás al maestro y te informaré puntualmente de tu cometido, no muy complicado ni fatigoso por ahora...

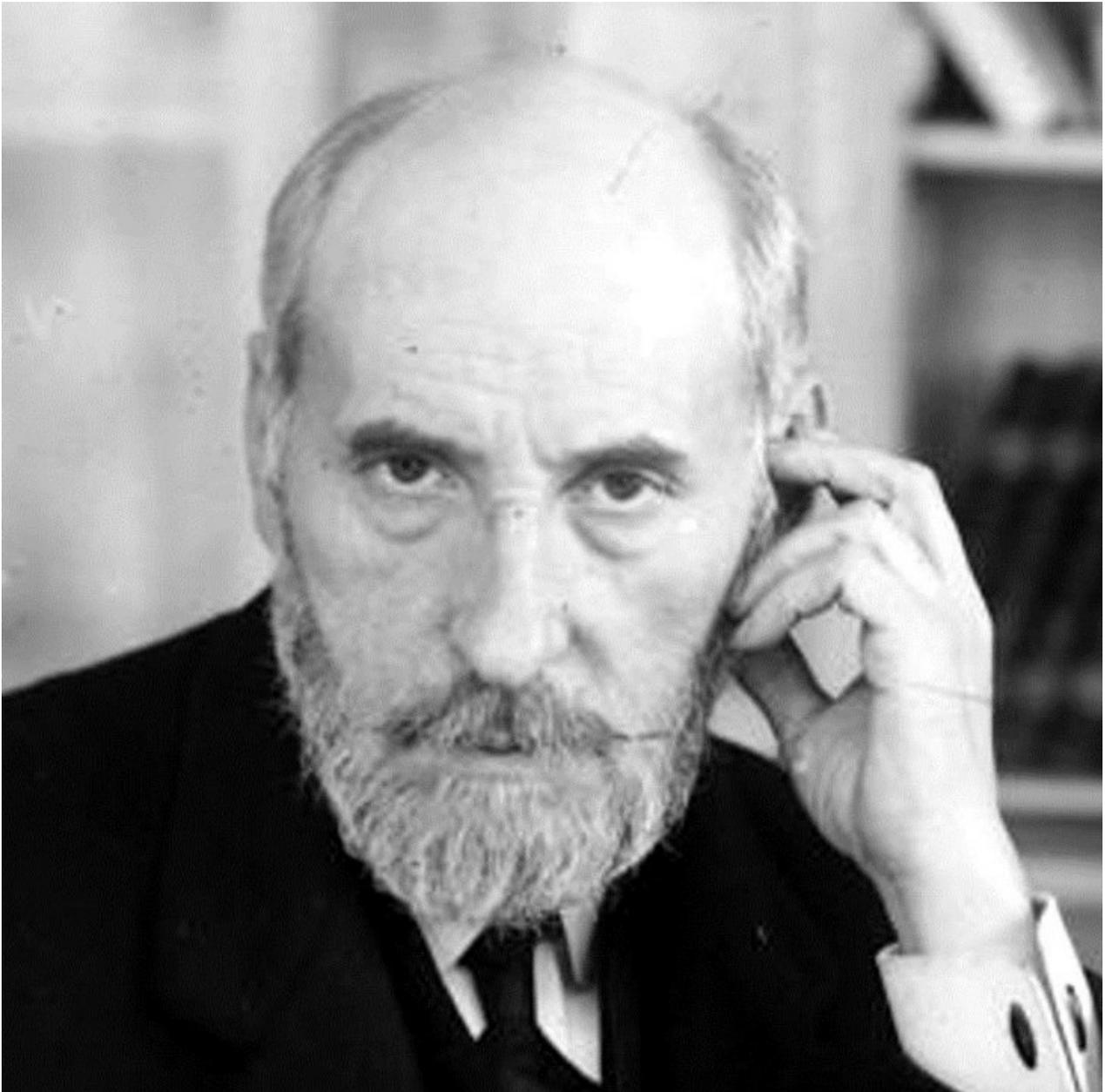
Momentos después se instalaban ambos amigos en el interior de un ómnibus. Gradualmente, el cansancio y lasitud subsiguientes al derroche verbal pusieron fin al animado diálogo; un sentimiento de dulce serenidad pareció bañar el alma fatigada de los interlocutores. Y mientras Jaime, apoyado el brazo en la ventanilla, miraba distraídamente el ajetreo de los transeúntes y el raudo desfilar de los carruajes, ocupábase su compañero en contemplar embebido

la cabeza leonina del sabio, cuyo gesto de luchador enérgico y noble perfil subrayaban con líneas de oro los últimos arreboles de la tarde. Evocado por el contraste entre lo actual y lo pasado, acudió a la mente de Esperaindeo el recuerdo del Jaime de otros tiempos..., de las sabias y vehementes peroratas del ateneísta, de las humanitarias y redentoras arengas del apóstol. «¡Lástima de tribuno!», pensaba. ¡Cuán pocos y, sin embargo, cuán necesarios son en la pobre España caracteres de tal temple, políticos viriles y patriotas como Jaime!... Al fin, cediendo a la tensión de sentimientos e ideas que pugnaban por exteriorizarse, rompió el solemne silencio, exclamando:

—Amigo Jaime, ¡quién te ha visto y quién te ve!... ¡Quién dijera que tú, campeón invencible de la lógica, orador de múltiples recursos, apóstol abnegado de los desheredados y de los caídos, tribuno lleno de noble ambición, habías de recogerte, en plena juventud, en la tranquila playa de la ciencia y de la industria!

—No te extrañe... Ha poco te decía que el mundo no está en sazón para la filosofía ni para la justicia. Triste es reconocerlo...; pero ello es que, a pesar de la tan decantada tolerancia de los modernos tiempos, solo le dejan a uno ejercitar el sentido común en el apacible campo de la ciencia. Laboremos, pues, en él, puesto que en él se nos permite discurrir libremente. Los apóstoles de la justicia serán oídos más adelante, cuando la ciencia omnipotente haya iluminado todos los antros y sinuosidades de la Naturaleza y del espíritu.

Santiago Ramón y Cajal



Santiago Ramón y Cajal (Petilla de Aragón, Navarra; 1 de mayo de 1852 - Madrid, 17 de octubre de 1934) fue un médico y científico español, especializado en histología y anatomía patológica.

Compartió el Premio Nobel de Medicina en 1906 con Camillo Golgi «en reconocimiento de su trabajo sobre la estructura del sistema nervioso». Fue pionero en la descripción de las

diez sinapsis que componen a la retina. Mediante sus investigaciones sobre los mecanismos que gobiernan la morfología y los procesos conectivos de las células nerviosas, desarrolló una teoría nueva y revolucionaria que empezó a ser llamada la «doctrina de la neurona», basada en que el tejido cerebral está compuesto por células individuales. □ Humanista, además de científico, está considerado como cabeza de la llamada Generación de Sabios. Es frecuentemente citado como padre de la neurociencia.